



Adrian Blake

Bondage

Bondage

Adrian Blake

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Agosto 2016

Título original: Bondage

Adrian Blake © 2016

Portada: Gema Millanes

Foto de portada: Shutterstock - Razumovskaya Marina Nikolaevna

ISBN-13: 978-1535454667

ISBN-10: 1535454660

A todas mis pequeñas traviesas, esas que me alegran las mañanas, esas que me siguen sin condiciones, para todas aquellas que disfrutan de mi obra.

Espero que Bondage esté a la altura, que el giro que le he dado a mi forma de escribir os satisfaga, y sigáis enganchadas a mis libros, igual que yo estoy enganchado a vuestra presencia.

Prólogo

El sonido de la cafetera me saca de mis cavilaciones. ¡Joder! Necesito dormir. La noche pasada fue apoteósica, y me he despedido de la dulce Catherine una hora antes de entrar a trabajar. Mi polla cobra vida con tan solo con recordarla: atada, amordazada y tan deliciosamente a mi merced. Follamos toda la noche como conejos, y tuve que ayudarla a llegar a su casa porque no podía mantenerse en pie.

Una llamada entrante en mi móvil me hace elevar los ojos al cielo. Ese tono de llamada solo puede presagiar serios problemas.

—Buenos días, Livy —contesto a mi hermana con tono cansado.

—Hermano, necesito que me hagas un favor. ¿Puedes quedarte con los niños un par de horas esta tarde? Tengo una entrevista de trabajo y creo que esta vez lo conseguiré.

—Nena, anoche no pegué ojo, ¿no puedes llamar a la niñera?

—¿Crees que no lo he hecho ya? Kimberley está ocupada esta tarde, ya sabes que hay que avisarla con antelación. No te lo pediría si tuviese otra opción, pero...

El discurso de mi hermana se pierde en la cadencia del movimiento de unas caderas de mujer que acaban de entrar en mi campo de visión. Bajo la tela del minúsculo vestido púrpura su culo se contonea simulando el ondear de las olas. No puedo evitar mordirme el labio cuando la veo agacharse a recoger su bolígrafo y la falda amenaza con dejar al descubierto sus bragas... o su falta de ellas.

—¡Nathan, ¿me estás escuchando?!

—Eh sí, cariño. Te escucho perfectamente —miento volviendo a la realidad—. No te preocupes, en cuanto salga de trabajar estaré ahí para quedarme con los niños. Te quiero.

—Yo también te quiero, hermanito. Y gracias por todo.

Cuelgo el teléfono y me vuelvo con mi taza de café en la mano para encontrarme de bruces con unos ojos grises que arden como el mismísimo infierno y unos labios carnosos que me hacen desear mordellos con lujuria.

—Disculpe —dice la deliciosa mujer al dirigirse al sofá.

—Tranquila —es lo único que puedo decir, mi cerebro está ocupado en cosas más... sexuales ahora mismo.

—¿Su esposa?

—¿Perdón? —¿Qué cojones quería decir con eso?

—Que si hablaba con su esposa.

—¿Livy? ¡No! ¡Por supuesto que no! Es mi hermana.

—Lo siento, escuché algo sobre unos niños y pensé...

—Mis sobrinos. Acaba de divorciarse y yo la ayudo en todo lo que puedo —¿Pero por qué cojones estoy dándole explicaciones a una desconocida?

—Tiene suerte entonces de tenerle en su vida. Keyra Martin —dice tendiéndome la mano—. Asuntos internos.

¡Mierda! ¡Estoy jodido! Aquella estúpida mujer ha cumplido su amenaza y me ha denunciado al jefe del hospital. Cojonudo, el mejor neurocirujano del país va a ser despedido por una perra en celo despechada.

Serena Robinson es la jefa de del departamento de pediatría, una mujer dominante, cruel y despiadada. Su ética respecto a la forma de dar las malas noticias dista mucho de ser la correcta, y ya he tenido varios encontronazos con ella cuando compartíamos algún paciente. La última vez que coincidí con ella fue en la sala de descanso. Llevaba dos días sin dormir, y aproveché que tenía un par de horas libres para hacerlo. Ella entró, se desnudó... y se abalanzó sobre mí. Mi negativa a acostarme con ella me costó la amenaza de hundir mi carrera y un sonoro bofetón.

—Nathan O'Connor —le devuelvo el apretón—. ¿Y qué pinta una preciosidad de asuntos internos en este lado del edificio?

Sí, lo admito, estoy dispuesto a desplegar todo mi encanto varonil con tal de no acabar de patitas en la calle y sin licencia. Mi trabajo es lo más importante en mi vida después de mi familia, y haré todo lo que esté en mi mano para conservarlo. Sin embargo, con esta mujer no surte efecto alguno. Ella arquea una ceja y sigue con su discurso, tan seria como cuando entró.

—Investigo a varios empleados del hospital. Se han cometido cuatro negligencias en lo que va de año y nadie nos ha informado de ello, así que necesitamos saber qué está pasando aquí.

Respiro aliviado al comprobar que mi culo sigue fuera de peligro. Es la primera noticia que tengo de esas negligencias, así que el asunto no va conmigo.

—Si necesita alguna cosa, señorita Martin, no dude en pedírmela.

—Usted será mi primer objetivo, señor O'Connor.

—¿Yo? —mi cara de sorpresa debe ser un poema.

—Ha llegado a mis oídos que tiene usted cierta facilidad para... seducir al sexo opuesto en horas de trabajo, y eso, la mayoría de las veces, les lleva a cometer errores... por estar pensando en meterla en caliente.

Vale, realmente sí estoy jodido. Definitivamente Serena ha abierto la boca, y es su palabra contra la mía. No me preocuparía de no ser porque es la sobrina del jefe, por desgracia para mí. Compongo mi sonrisa más seductora antes de contestarle.

—No niego que me he acostado con alguna que otra compañera de trabajo, pero siempre fuera del recinto del hospital, valoro mucho mi puesto de trabajo. En cuanto a esas negligencias de las que habla, ninguna ha sido obra mía. De hecho, es la primera noticia que tengo sobre ellas.

—Bien, de ser así no tiene nada que temer, ¿no es así? No entiendo por qué se ha puesto nervioso entonces.

—¿Yo, nervioso, señorita Martin? Le aseguro que hace falta mucho más que una acusación sin fundamento para ponerme nervioso.

—En ese caso, me marchó. Tengo muchas cosas que hacer y el tiempo se me echa encima.

—Espero que encuentren al culpable antes de que cometa otra estupidez.

Lo digo de corazón. Me fastidia que alguien ponga la vida de un ser humano en peligro por estar pensando en gilipolleces. La señorita Martin no dice nada, simplemente saluda con la cabeza.

—Nos veremos muy pronto, señor O'Connor.

—Será un auténtico placer.

Observo el contoneo de sus caderas al alejarse, y no puedo evitar sonreír lleno de satisfacción. Keyra Martin es una mujer fuerte, dominante, segura de sí misma... a quien será un auténtico placer convertir en mi sumisa.

Capítulo 1

Cuando llego a casa de Olivia, el cansancio amenaza con dejarme dormido a la primera de cambio. Mi hermana me abraza y me lleva a la cocina, donde me pone delante un plato de macarrones con queso, mi comida preferida.

—Gracias, nena. Estoy famélico.

—¿Cuántos días llevas sin comer decentemente?

—No lo recuerdo. Creo que desde que no vengo por tu casa.

—Eres un descerebrado, Nathan. Con tu trabajo tienes que estar bien alimentado y descansado. De no ser así puedes cometer un error, y...

Mi sangre se hiela en el acto. No puede ser... No se habrá atrevido, ¿verdad?

—Dime que no ha estado aquí Keyra Martin.

—Vino esta mañana, y fue muy amable conmigo. Me hizo unas cuantas preguntas sobre ti... Te están investigando, hermano. Deberías ser un poco más responsable en tu trabajo.

—A ver, nena... que quede una cosa bien clara. Ninguna de las negligencias que está investigando esa mujer ha sido obra mía, ¿de acuerdo? Puedo ser un mujeriego, no lo niego, pero en mi trabajo soy muy responsable.

—Lo siento, pero me dijo que te acostabas con mujeres en horas de trabajo y pensé...

—Me acuesto con compañeras de trabajo fuera del horario laboral, que es muy distinto, y que yo sepa no he firmado en ninguna parte que no pueda hacerlo. Todo esto es culpa de Serena Robinson, la sobrina de mi jefe. Esa mujer se ha propuesto joderme porque no quise acostarme con ella, y te aseguro que en cuanto la vea le voy a dejar unas cuantas cosas muy claras. ¿Dónde están mis dos diablillos?

—Están haciendo los deberes en el salón. En el frigorífico tienes la cena para los tres. No creo que tarde demasiado, pero por si las moscas.

—Mamá... vete tranquila. Sé cuidar de mis sobrinos. Y de mí mismo también.

—Permíteme dudar —me besa en la mejilla—. Deséame suerte —dice cogiendo su bolso.

—No la necesitas. ¡A por todas!

La tarde con mis sobrinos ha sido un auténtico infierno. Ellos son dos angelitos, pero yo no podía permanecer con los ojos abiertos. He intentado jugar con ellos a algún juego, pero no podía estar atento y han acabado enfadándose por “no ser profesional”, según ellos. Al final he optado por ponerles en la televisión una película de Disney mientras yo descansaba un poco en el sofá. Deberían canonizar a ese hombre, gracias a sus películas muchos adultos escapan por unas horas de la locura de sus hijos.

Mi hermana llegó hace una hora, con una sonrisa triunfal y un trabajo como secretaria debajo del brazo. Hemos cenado juntos y ahora me dirijo a mi apartamento, en Brooklyn. Es mi nueva adquisición, y aún faltan la mitad de los muebles, pero es un lugar único... y perfecto para mí. Me desnudo de camino a la ducha, y caigo en la cama como un peso muerto. Ya recogeré la ropa por la mañana, que por suerte al día siguiente estoy de noches, así que puedo dormir hasta mediodía.

A la mañana siguiente alguien amenaza con echar mi puerta abajo. ¡Joder! ¡Ni siquiera son las ocho de la mañana! Voy a matarle... sea quien sea voy a matarle... Me pongo unos bóxers y me dirijo a la puerta. Juro que como sea Marc va a terminar en la mesa del quirófano... Pero no, no es Mark.

—Buenos días, señor O'Connor. ¿Aún en la cama? —pregunta Keyra Martin con una sonrisa.

—¿Usted qué cree? Tengo turno de noche, señora Martin. Lo más normal es dormir por la mañana para no cometer esas estupideces que usted se empeña en endilgarme.

—Vaya, siento haberle despertado entonces, pero solo tardaré unos minutos.

Keyra entra en mi apartamento sin pedir permiso, se sienta en mi sofá y cruza las piernas al más puro estilo Instinto Básico, antes de sacar de su bolso un bloc de notas.

—Acomódese, no se corte —ironizo.

—¿Podría ponerse unos pantalones? Me incomoda un poco verle en ese estado —ordena señalándome con su bolígrafo.

—Verá, dulzura... da la casualidad que no estoy en horas de trabajo, y esta es mi casa, así que si le incomoda verme en calzoncillos solo tiene que largarse.

—Está bien, si prefiere que vea su erección...

—No se preocupe, a mi erección no le importa tener publico. Y estese tranquila, que no es por usted. Erección matutina... ya sabe, cosas que nos pasan a los hombres. Vamos, señorita Martin, terminemos con esto de una puta vez para que pueda volver a la cama.

Me acerco a la nevera, saco la botella de leche y me bebo más de la mitad de un tirón. Después cojo un croissant de la cesta de los dulces y me apoyo en la encimera de la cocina esperando que esta endemoniada mujer empiece con su interrogatorio y se vaya de una puta vez. No pienso ofrecerle ni agua, mi hospitalidad está ahora mismo perdida en el mar de mala hostia que me embarga.

—Según tengo entendido, operó usted a Christian Stuart de un *glioma* del tronco del encéfalo en octubre del año pasado —comenta—. ¿Es correcto?

—Si lo dice su informe... no me acuerdo de todas las operaciones que he realizado.

—Bien, en el informe dice que la operación se complicó, causando paro cardíaco y la muerte del paciente. ¿Le suena ahora, señor O'Connor?

—Por desgracia no olvido ninguna de las muertes que ocurren en mi mesa de operaciones, señorita Martin. Cuando abrí descubrí que el tumor se había ramificado, y era imposible eliminarlo, así que ni siquiera le toqué. El pequeño sufrió un paro cardíaco cuando le estaba cerrando. Son cosas que pasan.

—¿No le tocó? ¿Está seguro?

—¡Por supuesto que estoy seguro! Óigame bien, señorita Martin, no he cometido ninguna negligencia en toda mi carrera, y no va a poder condenarme porque le fastidie que me haya follado a medio hospital.

—¡Eso no es cierto!

—¿Ah, no? Ha estado acosando a mi hermana, y puedo denunciarla por acoso. ¿Está segura de que quiere entrar en terreno pantanoso? Porque yo no tengo nada que perder, en cambio sus métodos no me parecen nada ortodoxos. Y ahora, me gustaría que se largase de mi apartamento, y exijo que en el futuro todas las preguntas que tenga que hacerme sean en horario laboral.

Keyra Martin se levanta despacio del sofá y se dirige a la puerta. Se da la vuelta y me mira con esos ojos tan atractivos... y tan vulnerables.

—Nathan... Yo no te odio, en absoluto. Esto no tiene nada que ver contigo, de verdad, solo estoy haciendo mi trabajo. Los directivos me están apretando las tuercas para que busque un motivo por el que echarte del hospital por las quejas de una doctora.

—A ver si adivino... ¿Serena Robinson?

—¿Cómo lo has...

—Dile a esos directivos que te están poniendo las pilas que Serena está indignada porque no me la follé. Me atacó cuando estaba descansando en la sala de empleados en una de mis guardias y la rechacé, y amenazó con hundir mi carrera.

—¿Y por qué no la denunciaste?

—Porque es la sobrina del jefe de cirugía, y nadie me creería. Supuse que en cuanto se calmase se le pasaría, aunque por lo que veo no ha sido así.

—Yo... Siento haberte juzgado.

—Quizás podías haber empezado pidiéndome que te diera mi versión de los hechos. Nos habríamos ahorrado mucho esfuerzo.

Ella asiente y sale cabizbaja de mi apartamento. Yo me quedo allí, mirándola, y pensando que aunque quiere parecer una mujer fuerte y autosuficiente, en el fondo está perdida. Muy perdida.

Después de un turno de mierda en el hospital, me acerco a *Vernon*, un restaurante en el que preparan la comida más deliciosa que he probado jamás. Tras hacer mi pedido, que espero disfrutando de mi café, vuelvo a casa. Antes de que haya soltado las llaves en su lugar el teléfono comienza a sonar.

—¡Oh, joder, Livy! Si eres tú te juro que te mato —murmuro de camino al salón.

—Nathan, soy Keyra Martin.

—¿Tú otra vez? —pregunto con un suspiro.

—Tranquilo, esta vez es en son de paz. Sé que estarás cansado, pero ¿te apetece un café? Quiero recompensarte por haberme comportado como una arpía.

—¿En serio? ¿Y me vas a pedir perdón y todo? —bromeo.

—No te rías, pero esa era mi intención. No voy a ponerme de rodillas, O'Connor, eso ni lo sueñes, pero te mereces una disculpa.

—Con un “lo siento” me conformo, tranquila.

—Te recojo en diez minutos.

—De acuerdo.

Me doy una ducha rápida y me pongo unos vaqueros y una camiseta. No se trata de una cita a fin de cuentas, y no tiene sentido que me arregle.

Cuando abro la puerta del portal me encuentro con una Keyra muy risueña apoyada en un Mini color rosa chicle. ¿En serio piensa que me voy a montar en esa cosa?

—Dime que esa horterada no es tuya —digo antes de acercarme.

—¡Ey! No te metas con Minnie.

—¿Minnie? ¿En serio le has puesto nombre?

—Es una monada, no puedes negarlo.

—Keyra, da vergüenza. No pienso montarme en esa cosa.

—¡No seas dramático! Es solo un coche, y no podremos llegar a nuestro destino sin él.

—Ni de coña. Vamos en el mío, que es mucho más serio y adulto que eso.

—Aburrido, eso es lo que es.

—Un BMW Z4 descapotable nunca es aburrido.

Al final accede a que vayamos en mi coche, y nos encaminamos al norte. Una hora después nos encontramos en Manhasset, un pueblecito de ocho mil habitantes situado al norte de Long Island. Paramos frente a un restaurante estrecho, con una fila de asientos y una enorme barra de piedra.

—Voy a revelarte mi secreto, pero tienes que prometer que no se lo contarás a nadie.

—Prometido. ¿Se come bien en este sitio? Estoy hambriento.

—Ya lo verás.

Keyra pide dos hamburguesas y dos cervezas. He de reconocer que es la mejor hamburguesa que he probado en mi vida. Keyra me mira con la barbilla apoyada en las manos con una sonrisa traviesa.

—Es la mejor hamburguesa del mundo, ¿verdad? —pregunta.

—¡Dios, está increíble! ¿Cómo has conocido este sitio?

—Solía venir mucho con mi ex novio. Después él me dejó, y yo seguí viniendo sola. Joe, el dueño, es un hombre encantador, y empezó a hablar conmigo cuando me sentaba sola en la barra.

—¿Por qué te dejó? —pregunto sorprendido.

—No lo sé. Supongo que encontraría otra mujer más dispuesta, más guapa, o más rica que yo. Un día vino a casa, dejó las llaves sobre la mesa y me dijo que lo nuestro había terminado. Después se dio la vuelta y se marchó, sin dejarme preguntarle por qué. De eso hace ya más de un año, está superado. ¿Y tú? ¿Tienes pareja?

—Es complicado. Catherine me gusta, pero es demasiado caprichosa. No entiende que trabaje tantas horas, y cada vez que tengo guardia me cuesta una pelea con ella.

—¿Y por qué no la dejas? Explícaselo una última vez, y si aún así no lo entiende, déjala. Hay muchos peces en el mar, y siempre es mejor estar solo que mal acompañado.

—Es buena en la cama —contesto.

Si le dijera que es mi sumisa, que es una de las pocas mujeres que entiende que necesite atarla para acostarme con ella, saldría corriendo para no volver jamás a dirigirme la palabra. Y me siento a gusto con ella, estoy relajado. Me sorprende descubrir que no quiero que el día termine.

—Eso es mezquino, Nathan. La pobre estará enamorada de ti, y que pienses eso de ella es muy ruin. Deberías avergonzarte.

—No creí que fueras una mojigata, Keyra.

—¡No lo soy! Pero pienso que si estás con alguien es porque esa persona te gusta, y quizás con el tiempo pueda llegar a algo más. No me gusta pensar que el amor no existe.

—Yo no he dicho que el amor no exista. Solo digo que ella quiere estar conmigo, y a mí me resulta cómodo estar con ella.

—Algún día llegará una mujer que te haga perder la cabeza, y entonces te rechazará y sabrás lo que se siente.

—Quizás tengas razón, pero mientras tanto voy a seguir disfrutando de la hamburguesa y follando con Catherine.

Ella me tira la servilleta riendo y continúa comiendo. El resto de la tarde se me pasa volando, debo reconocerlo. A las ocho estamos de vuelta en mi casa.

—Ya puedes volver a ese caramelo de fresa que tienes por coche —le digo.

—Minnie es el mejor coche que he tenido en mi vida. Me lo compré con mi primer sueldo, y en el taller me lo decoraron a mi gusto.

—¿En serio no te da vergüenza ir en ese trasto?

—¡Claro que no! Es precioso, Nathan, tienes que reconocerlo.

—Parece un algodón de azúcar, Keyra. No un coche.

—Sigue disfrutando de tu cacharro y déjame a mí con el mío.

—Eso está fuera de discusión, nena... todo para ti.

Keyra se sonroja al oír el apelativo cariñoso, y baja la cabeza con una sonrisa.

—Me lo he pasado muy bien, Nathan. Gracias por darme la oportunidad de resarcirme.

—No hay de qué.

—Y siento haber sido tan poco profesional. Reconozco que los mujeriegos me enferman, y creí que tú eras uno de ellos.

—Disculpas aceptadas. Si hay algo en lo que pueda ayudarte, no tienes más que decírmelo.

—Ya sabes... todo es confidencial, y no puedo hablar de ello. Pero gracias de todos modos. Buenas noches, O'Connor.

—Buenas noches, Martin.

Keyra se mete en su coche y se aleja. Sonríe sin darme cuenta. Aún en la oscuridad de la noche, su coche reluce al final de la calle.

Capítulo 2

El sonido de mi móvil interrumpe el silencio de mi consulta. Llevo un buen rato inspeccionando varias radiografías de un paciente, y aún no he conseguido averiguar cómo afrontar su tumor.

—Ey, Nathan... estás demasiado perdido —es la voz de Marc, mi mejor amigo y el capullo integral más grande de todo el estado.

—Tengo mucho trabajo, Marc. De hecho, estoy en la consulta.

—¿Esta noche trabajas?

Cada vez que me hace esa pregunta termino siendo arrastrado a algún bar de mala muerte a la caza de alguna mujer para Marc.

—No, tío... No trabajo esta noche, pero que no se te pase por la cabeza que voy a ir contigo de caza.

—¿Pero por qué? Me han contado que en el club hay una reunión de modelos, Nathan. ¿Imaginas lo que podríamos divertirnos allí?

—No tengo ganas de juegos, tío. Estoy jodido en el trabajo y lo último que necesito es una noche de juerga.

—Espera, ¿qué? ¡Joder, Nathan! ¡Soy tu abogado! ¿No crees que este tipo de cosas tendrías que contármelas en el acto?

—Marc... es solo un caso que no sé cómo afrontar, no seas dramático.

—¿Entonces qué me dices, Nat? Un par de copas y si no encuentras a ninguna con la que jugar te vuelves a casa. Palabra.

—¿Tengo que recordarte que estoy con Catherine?

—Pues llámala, tío.

—Está bien... nos vemos esta noche, pesado.

Cuelgo el teléfono con un suspiro. No tengo ganas de salir, y mucho menos de juegos, pero necesito despejarme un poco o voy a terminar por volverme loco.

Continúo un buen rato intentando dilucidar mi plan de acción con mi paciente, pero en vistas de que me encuentro en punto muerto voy a la sala de descanso a tomarme un café. Keyra está allí, sentada en uno de los sofás con las piernas bajo su cuerpo, inspeccionando unos informes.

—Tan trabajadora como siempre, señorita Martin —bromeo—. Nadie que la viese en este momento descubriría que es una adicta a las hamburguesas.

Ella sonrío y vuelve a centrarse en los expedientes médicos. Me acerco y me siento a su lado con mi taza de café en la mano.

—¿Alguna complicación? —pregunto.

—Eso me temo. He descubierto que el anestésista de las tres negligencias ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Literalmente. Ha dejado su casa, ha cambiado de teléfono y no consigo localizarle. Voy a volverme loca, porque sé que ese hombre tiene parte de culpa, pero si no le encuentro, ¿cómo voy a denunciarle?

—¿De quién se trata? Quizás le conozca.

—Roger Douglas.

—Ni idea.

—Alto, fornido, pelo entrecano... y gafas de color verde pistacho.

—¡Doug! Le conocemos como Doug, y no está desaparecido. Su madre está muriéndose, y pidió una excedencia para ir a cuidarla a Dakota.

—¿Y sabes cómo puedo hablar con él?

—Maggy, enfermera de la planta infantil, es su novia. Habla con ella.

—No sabes lo que te lo agradezco, Nat. Es un asunto confidencial, pero sin tu ayuda seguiría completamente perdida.

—Un placer.

Keyra sale de la habitación y vuelvo a perderme en la cadencia de su culo, esta vez cubierto por unos pantalones ejecutivos. ¿Qué demonios tiene ese culo que me atrae de esa manera?

Cuando llego a casa a medio día, me doy una ducha y me meto desnudo entre las sábanas de satén negro, donde caigo fulminado en el acto.

Mi presa está atada a la cama de pies y manos, con los ojos vendados, y tan solo con un tanga de encaje... completamente a mi merced. Me he convertido en el depredador, mi sangre se acelera, mi respiración se acompasa a la de mi víctima. Ella se relame los labios presa de la expectación, pero no dice nada.

La pluma de pavo real que llevo en la mano se pasea indolente por su pierna, sus costillas... su boca. Ella se arquea buscando mis caricias, pero estas aún tardarán en llegar.

—Tranquila, gatita... Aún queda mucho juego por delante.

Paso la pluma por su pubis, escondido aún tras el encaje de su tanga, y un gemido escapa de sus labios sonrosados.

—No, Keyra... Nada de gemidos hasta que yo te lo permita.

Ella aprieta sus labios como una buena chica y yo continúo el paseo de mi pluma por su cuerpo. Se está relajando notablemente, que es lo que pretendía. Pero el juego acaba de empezar. Saco del cajón de la mesita de noche unas pinzas vibratorias y las coloco en sus pequeños pezones, hinchados ya por el deseo. Ella se tensa un segundo, pero en cuanto me alejo de su cuerpo sonríe satisfecha. Qué ingenua es... Acciono el mando y las pinzas comienzan a vibrar, primero despacio, y cada vez con más fuerza. Keyra se retuerce, pero se muerde el labio para evitar desobedecerme.

Verla así... expuesta, vulnerable y entregada por completo al placer está consiguiendo que mi polla asome por la cinturilla de los bóxers, y que me muera de ganas de follármela a pelo. Me deshago de sus braguitas y acerco el masajeador a su clitoris hinchado, consiguiendo que un grito escape de su garganta.

—Muy mal, gatita... tendré que castigarte.

Acerco mi lengua a su sexo y la lamo a conciencia. Es deliciosa, tan dulce... succiono su clitoris una y otra vez, introduzco mi lengua en su canal... y cuando está a punto de correrse, paro de inmediato.

—Si vuelves a hablar volveré a hacerlo, cariño. A ver cuántas veces eres capaz de soportar.

Me deshago de mi ropa interior y me tumbo junto a ella. No puedo evitar el impulso de morder su pezón, que sobresale de la pinza, consiguiendo que se arquee como el arco de un violín.

—Deliciosa... Vamos a ver qué más hay por aquí...

Enciendo de nuevo el estimulador y lo paso por sus costillas, su ombligo, su pubis... pero evito el contacto con su botón rosado. Bajo por el muslo, la pantorrilla, el pie... y vuelvo por la otra pierna hasta el punto de partida.

—¿Qué es lo que deseas, pequeña Keyra?

—A ti —susurra desesperada.

—Aquí estoy, preciosa. No pienso irme a ninguna parte.

—Fóllame, por favor...

Cierro los ojos recorrido por una descarga de deseo. Me coloco entre sus piernas, acerco mi boca a su cuello, y entro profundamente en ella al mismo tiempo que dejo mi marca en su piel. Ella grita, tira de las ataduras para poder soltarse, pero aún no es el momento. Bombeo dentro y fuera de ella con desesperación, susurrándole al oído, y me recompensa succionándome por completo en un orgasmo devastador.

Ahora es el momento de soltarla, de permitirle que me observe, que me acaricie, que me marque. Tiro de ella para colocarla a horcajadas sobre mí, y sujetándola de las caderas comienzo a moverme despacio dentro de ella. La veo echar la cabeza hacia atrás, y su larga cabellera roza mis testículos aumentando deliberadamente el placer.

Siento cómo sus uñas se clavan en mi pecho, cómo su sexo me acaricia cada vez más y más deprisa. Se me nubla la vista, me rindo ante ella y dejo que el placer me inunde por completo.

Me despierto cubierto de sudor, dolorido y frustrado. Ha sido solo un sueño... un sueño que me ha dejado claro dónde quiero tener a Keyra Martin: desnuda en mi cama.

El *Inferno* es el club de BDSM más exclusivo de la ciudad. Las cuotas de los socios son astronómicas, y las medidas de seguridad garantizan que los sumisos lleguen a casa sanos y salvos. A mí no me van los golpes, las quemaduras de cera o denigrar a mi sumisa. Prefiero disfrutar de su rendición, de verlas privadas del movimiento y de la vista, y hacerlas disfrutar hasta que supliquen clemencia.

Si bien soy socio del club desde hace algunos años, no elijo como Marc a alguna desconocida que quiera ser sodomizada. Mis parejas son sumisas solo en la cama, fuera de ella suelen tener fuerza, coraje... y voluntad.

Me siento en la barra y me pido una cerveza mientras espero que el capullo de mi amigo aparezca, ya que como siempre llega con retraso.

—Vaya, Nathan, qué alegría verte por aquí —dice acercándose Cristal, una de las empleadas del local y amiga mía—. Hacía mucho tiempo que no contábamos con tu presencia.

—He estado muy ocupado, dulzura —la beso en la boca como siempre—. Mi trabajo me ha absorbido por completo.

—¿Y dónde te has dejado a Catherine?

—Debe de estar al llegar. También he quedado con Marc —miro mi reloj—, que ya llega tarde como siempre.

—Ese capullo no me interesa en absoluto, y lo sabes —dice cruzándose de brazos.

—Le quieres, no vayas a negármelo.

—Claro que le quiero, pero es un gilipollas que no ve más allá de su nariz.

—Tal vez si fueras más amable con él...

—Solo me quiere cuando su sumisa de turno no le satisface, Nat. Yo necesito más que eso.

—Siento el retraso, no ha sido culpa mía —dice Marc en ese momento, acercándose—. Una pirada ha chocado conmigo cerca de aquí y hemos tenido que intercambiar los papeles del seguro.

—¿Solo los papeles? —pregunta Cristal— ¿O le has bajado las bragas?

—¿Estás loca? Demasiado peleona para mi gusto. Casi me arranca los ojos echándome la culpa de lo sucedido. ¿Te lo puedes creer? Ella le da a mi coche por detrás y yo soy el culpable del accidente.

—Apuesto a que no invadiste su carril sin poner el intermitente como haces siempre —ironizo.

—¡Oye! ¿Tú de parte de quién estás?

—De quien tenga la razón. Y algo me dice que no eres tú.

Diez minutos después Marc ha desaparecido por la puerta que da a las salas privadas y yo disfruto de mi segunda cerveza esperando a Catherine, que sigue sin llegar. En el escenario está teniendo lugar una exhibición de *Shibari*, el arte japonés de las ataduras. Sobre la tarima hay expuestas tres sumisas, cada una de ellas con una atadura diferente: *Ganji Garame*, una atadura de pies y manos; *Hishi Shibari*, más conocido como la atadura del patrón de diamante o del “abrojo de agua”, creado con formas de diamante que dan lugar a complejas formas cuadrangulares; y *Jiai Shibari* o atadura del “abrazo a uno mismo”, en el que los brazos de la sumisa se encuentran cruzados delante del cuerpo, sus codos doblados y sus manos colocadas cada una cerca o sobre el hombro contrario, asemejando la imagen de una persona abrazándose a sí misma.

El *Shibari* es un arte que me fascina, pero que no practico. Cuando tengo a una mujer atada y amordazada a mi merced, necesito desatarla deprisa para sentir sus dedos sobre mi piel. Sé que no soy un amo convencional, pero es así como me siento bien.

La cerveza se me atraganta cuando veo a una mujer adentrarse en la sala. Lleva una máscara, y se mueve como pez fuera del agua, pero la reconocería en cualquier parte: es Keyra Martin. Me acerco a ella con paso decidido y rezando porque ningún otro se percate de su presencia antes de que consiga llegar a su lado.

—¿Me quieres explicar qué demonios haces aquí? —susurro con los dientes apretados.

Mi brusquedad la sorprende, y abre los ojos como platos cuando descubre quién soy. Yo no llevo máscara, no necesito esconderme.

—¡Nathan! ¿Qué...

—¡Contesta! ¿Qué haces en un lugar como este?

—Yo podría preguntarte lo mismo —contesta cruzándose de brazos.

—Es evidente que soy socio del club, o no estaría aquí. Tú no eres socia, porque yo lo sabría, así que supongo que eres invitada de alguien. ¿De quién?

—¿Quién te dice que no acabo de hacerme socia?

—Es una opción, y si ese fuera el caso no te comportarías como pez fuera del agua, así que dime quién te invitó.

—Me invitó una amiga. Y soy nueva, Nathan, es normal que me sienta perdida.

—Hablaré con el encargado para que haga una ruta turística para ti, no te preocupes —ironizo.

—¡No te burles! En vez de echarme un sermón podías enseñarme el lugar.

—¿Ama o sumisa?

—¿Perdón?

—¿Eres ama o sumisa?

—¡Oh! Aún no lo he decidido.

—¿Que aún no lo has decidido?

La agarro de la muñeca y tiro de ella hasta una de las habitaciones que permanecen desiertas. Arranco esa ridícula máscara de carnaval de su cara y le muestro el sillón para que se siente. Yo me apoyo en el potro, que queda justo enfrente.

—A ver, Keyra, explicame una cosa. ¿A quién demonios se le ocurre aparecer en el club de BDSM más selecto de la ciudad sin saber si realmente le gusta esa práctica sexual?

—Es que... me gusta que me den azotes en el culo —dice a la defensiva.

—¿En serio creías que aquí ibas a encontrar que te den un par de azotes insignificantes en el culo? Aquí te darán fuerte, Keyra. Te dejarán el culo, o puede que otras partes, morado de los golpes de la fusta.

—¡Pero no quiero que me hagan daño!

Revuelvo mi pelo frustrado. ¿Esta mujer está cuerda o todas las jodidas locas de la ciudad me tienen que tocar a mí? Cojo la fusta de uno de los soportes y me acerco a ella.

—Extiende la mano.

—Pero...

—¡He dicho que extiendas la mano!

Ella obedece agachando la cabeza, y golpeo su palma con la fuerza suficiente para dejarle una rojez. Ella salta en el sitio y aspira con fuerza, pero no dice nada.

—¿Es esto lo que quieres?

—No... No.

—Entonces márchate de aquí.

Keyra camina cabizbaja delante de mí por el pasillo hasta la barra. Hace amago de marcharse, pero la sostengo por la muñeca cuando me percató de que está

temblando como una hoja, y con un suspiro la ayudo a sentarse en un taburete.

—Vamos, necesitas una copa.

—Estoy bien, Nathan.

—Te aseguro que no lo estás. Cristal, ponle un margarita a mi amiga.

—Así que hoy has ido en rescate de una damisela en apuros —contesta la camarera mirándola de reojo—. Y yo que creía que los príncipes azules no existían.

—Déjalo Cris.

Keyra sigue con la vista pegada al suelo, y reconozco que me está dando algo de pena. Levanto su cara y le sonrío.

—Vamos, no es para tanto. Al fin y al cabo no ha pasado nada que haya que lamentar.

—No es eso. Es que... ahora me siento muy avergonzada.

—¿Por qué? Necesitabas un toque de realidad. Yo te lo he ofrecido. Se acabó.

—¿Y a ti te gusta...

Señalo con mi cerveza la exhibición.

—Eso es lo que yo hago... básicamente. Ato a mis sumisas para privarlas del movimiento. Les vendo los ojos para privarlas de la visión. Y las hago disfrutar entregándome su voluntad.

—¿No las golpeas?

—No si no se lo merecen. Prefiero otro tipo de castigos.

—¿Como cual?

—Si te lo dijera tendría que matarte —bromeo.

Marc se acerca con su sumisa de la noche bajo el brazo, pero al ver a mi acompañante se para en seco.

—¡Tú! ¡Maldita mujer!

—¿Maldita mujer? —pregunta Keyra indignada— ¡Has sido tú el culpable del accidente, bastardo!

Mi noche va de mal en peor. De todas las mujeres que hay viviendo en Nueva York, Marc ha tenido que ir a chocar con la responsable de asuntos internos de mi hospital. Conojudo, ahora tendré que buscarme otro abogado si tengo la mala suerte de tener que pelear por mi puesto de trabajo.

—Ey, ey, ey... —digo interponiéndome entre los dos— Haya paz. Me importa una mierda de quién fuese la culpa, no ha habido que lamentar nada, así que se acabó la discusión. Marc, voy a llevarla a casa, quédate con Catherine cuando llegue. Nos vemos en un rato.

Sin más, cojo a Keyra de la mano y la saco del local a toda leche. Me apunto un tanto, acabo de evitar la catástrofe del siglo.

—Supongo que te has quedado sin coche —afirmo.

—Se lo ha llevado la grúa cuando el imbécil de tu amigo ha hecho que choquemos. ¿Cómo puedes ser amigo de ese estúpido? Te creía más inteligente.

—Que conduzca como el culo no quiere decir que no sea un buen tío, Keyra. Nos conocemos desde que éramos niños, y te aseguro que terminas por cogerle cariño. Además, deberías agradecerle que te haya librado de esa nube de algodón rosa. Vamos, te llevaré a casa.

Ella me da su dirección y conduzco en silencio, un silencio roto solo por la música que suena en la radio. Keyra sigue callada, demasiado callada para mi salud mental. Espero no haberla traumatizado de por vida. Pero es una mujer fuerte, no debería pasarle algo así.

—¿Te encuentras bien, Keyra?

—Eh... sí, solo estaba pensando en mis cosas.

—¿Seguro? Necesito que seas sincera conmigo, no quiero que me mientas.

—Estoy bien, Nathan. Te lo prometo.

Cuando llegamos a su casa, la acompaño hasta la puerta. Los temblores hace tiempo que desaparecieron, así que creo que puedo marcharme tranquilo.

—No vuelvas a ir sola a ese local, Keyra. Es peligroso y yo no estaré allí siempre para rescatarte.

—Me preguntaba... ¿Sigues con tu chica?

Su pregunta me descoloca por completo, pero sonrío y me apoyo en el quicio de la puerta con los brazos cruzados.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que... me preguntaba...

—Keyra...

—Me preguntaba si querías que yo fuera tu sumisa. Quiero experimentar cosas nuevas en el sexo, y sé que soportaré estar atada. También creo que estaré más segura contigo que con un extraño. Sí, no te conozco demasiado, pero ya no te puedo considerar un extraño, porque me has salvado del Infierno.

¡Si hasta tiene ganas de bromear respecto a esto! Acojonante. Voy a abrir la boca para negarme en redondo, pero ella pone su dedo índice sobre mis labios para mandarme callar.

—No lo decidas tan deprisa. Ayer me dijiste que no sentías nada por ella, ¿no es cierto? Piénsalo, y ya me dirás tu respuesta un día de estos en el trabajo. Que duermas bien, Nathan. Y gracias por salvarme.

Keyra entra en su portal y yo me quedo ahí, con cara de gilipollas y una erección de mil demonios. ¿Qué cojones acaba de pasar?

Capítulo 3

Las palabras de Keyra resuenan en mi cabeza una y otra vez mientras vuelvo al local. “Que duermas bien, Nathan”. ¿En serio cree que voy a poder pegar ojo después de su proposición? No paro de pensar en ella desnuda, atada... y mojada en mi cama.

El panorama que me encuentro en el club no es precisamente lo que necesito en este momento. Catherine está hecha un basilisco, y en cuanto me acerco a la barra me clava su uña de manicura francesa en el pecho.

—¿Dónde demonios estabas? Te he visto salir con una mujer, Nathan, no me lo niegues.

—Catherine, no vayas por ahí —le advierto.

—¡Llevo media hora esperando y tú estabas con otra mujer! ¿Cómo puedes ser tan desconsiderado?

—¡He dicho que se acabó! Estoy harto de tus numeritos, Cat. Estoy hasta los cojones de tus celos. Se acabó, ¿me oyes? Búscate un amo que te consienta tus berrinches, porque se acabó.

Dicho esto, salgo del club y me voy a casa frustrado. Me siento en el salón con una cerveza. ¿Cómo se ha complicado tanto la noche? Yo solo iba a acompañar a Mark a que cazara, y ahora... ahora lo mío con Catherine se ha ido a la mierda y no puedo quitarme a esa maldita mujer de la cabeza.

Mi polla tiene una erección permanente desde que Keyra me propuso ser mi sumisa. No niego que es algo que me volvería loco, un deseo hecho realidad, pero las consecuencias serían catastróficas. ¿Qué pasaría con mi trabajo si algo sale mal?

Recuesto la cabeza en el respaldo del sofá y cierro los ojos con un suspiro. Keyra inunda mi mente, desnuda y atada a mi merced. Su cuerpo curvilíneo me da la bienvenida con un escalofrío cuando me siente cerca, y mi mano resbala inconscientemente hasta mi miembro. Lo aprieto fuerte, imaginando que es la boca de Keyra la que lo hace, imaginando que sus labios se pasean dulcemente por toda mi longitud.

Me masturbo como un colegial en celo pensando en todas las cosas que quiero hacer con ella, y cuando me corro derramándome sobre mi estómago he tomado una decisión: jugaré con ella, pero bajo mis condiciones.

Tras una ducha logro dormir de un tirón hasta la mañana. Hoy tengo que quedarme con mis sobrinos, así que me visto y me dirijo a casa de mi hermana con una caja de donuts en la mano. Mis diablillos son fanáticos de los donuts de todos los sabores, y como su tío preferido tengo que malcriarlos.

Llego con tiempo suficiente de ver a un desconocido saliendo a hurtadillas del apartamento de Livy después de besarla en los labios. Me acerco a mi hermana con una ceja levantada y una sonrisa en los labios.

—¿El hombre del gas? —bromeo.

—¡Cállate! —contesta riendo— Es un amigo.

—Un amigo que sale medio desnudo y a hurtadillas de tu casa después de comerte la boca... Interesante.

—No es que tú seas un santo tampoco...

—¿Acaso he dicho que no me parezca bien? Al contrario, me alegra de que rehagas tu vida.

—A ver, Nat... que no es más que un polvo ocasional. No hay nada serio entre nosotros.

—Hermanita... no pienso juzgarte. Sube a vestirme, llegas tarde.

Entro en la casa sin dejarla decir ni una palabra. ¿Quién soy yo para meterme en las relaciones de mi hermana? Aún no hace demasiado tiempo que se divorció, y supongo que no estará preparada para una relación seria. Pero de ahí a que se mantenga pura y casta...

A las tres estoy de vuelta en el hospital para mi último turno de la semana. Me esperan dos días de descanso, gracias a Dios. Busco inconscientemente a Keyra durante todo mi turno, pero no aparece por ningún lado. ¿Dónde se habrá metido?

Por la noche me cambio y me voy al bar de la esquina a tomarme una copa. Me siento frustrado. Tengo que hablar con ella y no sé cómo localizarla. Apuro mi copa y me marcho a casa. Pongo el coche a volar por la carretera. Necesito despejarme, no pensar más en esa mujer que me vuelve completamente loco.

Cuando llego a mi casa, me sorprende ver una silueta sentada en los escalones de la entrada del edificio. La farola está estropeada, así que no consigo distinguirla hasta que estoy a tres pasos de ella.

—¿Keyra? ¿Qué haces aquí?

—Hola, Nathan —contesta mirando al suelo—. No te vi en el trabajo y pensé...

—Vamos, subamos a mi casa. Aquí hace frío y estás temblando.

Subimos en completo silencio, roto solamente por el sonido del ascensor al pasar por las diferentes plantas hasta el ático. Ella se sienta y permanece con la vista puesta en el suelo, sin decir una palabra.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto para romper el incómodo silencio.

—Agua está bien, gracias.

Me paro un minuto en la encimera de la cocina para serenarme. Tenerla tan cerca enciende mi sangre, y necesito mantener la calma si quiero que todo salga como quiero.

—¿Te encuentras bien, Keyra? —pregunto cuando me siento a su lado en el sillón.

—Sí, sí... estoy perfectamente. Solo quería saber si habías tomado una decisión respecto a lo de anoche.

—Chica impaciente... No me diste un límite de tiempo, creo recordar —sonríe—. Te he estado buscando en el trabajo precisamente por eso. Quería hablar contigo, hay cosas que tenemos que aclarar antes de tomar una decisión.

—¿Qué cosas?

—Antes de nada necesito que sepas que Catherine y yo hemos terminado. Independientemente de lo que pase entre nosotros, tenías razón. No merece la pena aguantar sus gilipolleces solo por un polvo.

—Me alegro por ti.

—Necesito saber que esto no va a interferir en nuestro trabajo, Keyra. No hay que olvidar que eres de asuntos internos, y la verdad es que no quiero volver a estar en el punto de mira por una mujer despechada.

—¡Por supuesto que no! Jamás me aprovecharía de mi puesto para vengarme en caso de que no saliese bien. Puedes estar tranquilo.

—Eres una mujer muy fuerte, Keyra, no sé si estás hecha para ser sumisa.

—¿Me deseas?

—Eso no tiene nada que ver...

—¿Me deseas, Nathan?

Me acerco a ella lo suficiente como para que nuestras respiraciones se entremezclen. Cojo su mano y la coloco sobre mi miembro, que lleva duro desde que la vi en el portal.

—¿Responde esto a tu pregunta?

—Pues entonces déjame intentarlo. Déjame descubrir si puedo ser tu sumisa.

—¿Y si es demasiado para ti?

—Siempre puedo utilizar una palabra de seguridad, ¿verdad?

Me quedo mirándola a los ojos un segundo, donde se refleja su determinación. ¿Qué puedo perder?

Ataco su boca de una vez por todas. A la mierda la conciencia y la prevención. Ella gime y enreda sus manos en mi pelo, pero las aparto y las sostengo juntas en su regazo. Si vamos a jugar a mi juego, será bajo mis normas.

Lamo su lengua como si se tratase de un dulce caramelo, y ella gime y se retuerce debajo de mí. ¡Joder! No me había dado cuenta de que hemos acabado tumbados en el sofá. Separo mi boca de la suya lo justo para levantarme y tirar de ella hacia mi dormitorio.

—¿Estás nerviosa? —susurro.

—Un poco.

Desabrocho lentamente los botones de su camisa hasta dejarla abierta por completo. Su sujetador de encaje blanco me hace morderme el labio ansioso por pasar mi lengua sobre él, pero aún falta mucho para eso.

Me deshago de su falda y la camisa, y su conjunto de ropa interior es tan jodidamente sexy...

—Tumbate en la cama.

Ella obedece sin dejar de mirarme, y la dejo disfrutar viéndome desnudarme por completo. Me siento junto a ella en la cama y paso un dedo por su pecho distraídamente.

—Ahora voy a atarte. Pero necesito tu palabra de seguridad.

—Primavera.

—¿Primavera? —pregunto con una carcajada.

—¿Qué ocurre? ¿No es adecuada?

—Sí, lo es... pero normalmente las sumisas escogen un color... no una estación.

—Quizás no soy una sumisa convencional.

—Desde luego que no, preciosa. Bien, vamos allá.

Cojo una de las abrazaderas que cuelgan en el cabecero de mi cama y sujeto una de sus muñecas con ellas. Se cierran con un velcro, para poder soltarla deprisa si fuera necesario. La miro un segundo para ver su reacción, pero su rostro solo muestra curiosidad... y deseo.

Cuando la tengo inmovilizada de pies y manos me siento junto a ella.

—¿Preparada?

Ella asiente y se relame los labios, secos por la expectación. Paseo mi mano por su mejilla, su cuello, su pecho... Necesito estar atento a todas sus reacciones, necesito ir poco a poco para saber dónde están nuestros límites.

Uno mis labios a los suyos en un beso hambriento, y ella gime en respuesta. Su boca es dulce, caliente, y no puedo esperar para sentirla sobre mi polla. Bajo mi boca hasta su pecho, y martirizo sus pezones con lamidas lentas y mordiscos suaves a través del encaje del sujetador. Keyra gime, suspira y se retuerce entre mis manos, es arcilla lista para modelar, y será un placer hacerlo.

Continúo bajando por su estómago hasta llegar a sus braguitas. Paso la lengua una, dos veces sobre la tela antes de rasgarlas y lanzarlas al suelo. Me coloco a horcajadas sobre sus piernas y la miro fijamente antes de sacar la lengua y pasarla por toda su hendidura, mojada por sus jugos.

—¡Oh, joder! —grita.

—Nada de palabras, Keyra, o te castigaré.

Ella se tensa y se muerde el labio para conseguir obedecerme, y yo me doy un festín con su sexo cálido. Chupo su clítoris antes de morderlo, e introduzco dos dedos de golpe en su canal para acompañar las pasadas de mi lengua con embestidas rápidas, profundas.

Ella se arquea, gime y aprieta las cadenas con las manos, pero no suelta ni una sola palabra. Continúo lamiéndola, chupándola y follándola con mis dedos hasta que se convulsiona recorrida por el primer orgasmo de la noche.

—Buena chica —susurro antes de asaltar de nuevo su boca.

Tras ponerme un preservativo me introduzco lentamente en su interior, y permanezco quieto mientras atormento de nuevo sus pezones, ya libres del confinamiento del sujetador. Ya están duros, rosados debido al orgasmo anterior, y los muerdo con un poco más de fuerza, lo justo para producirle un poco de dolor.

—¡Ay! —gime.

—¡Nada de palabras!

Ella vuelve a morderse el labio y comienzo a moverme dentro de ella, tan despacio que me duele. Mi cuerpo me pide que la empale duro y hasta el fondo, pero esto terminaría demasiado pronto de hacerlo así, y no es eso lo que quiero.

Imito las embestidas de mi miembro en su boca, y me satisface ver cómo tira de las esposas para poder soltarse. Aumento el ritmo poco a poco, cada vez más y más deprisa, hasta que su sexo me ordeña preso de otro orgasmo. Desato sus piernas para darle un poco de movilidad, pero sus manos permanecen atadas un rato más.

—Ponte a cuatro patas —ordeno con un siseo.

Ella obedece sin rechistar, a pesar de que las ataduras le dificultan mantenerse erguida. Al final opta por apoyar la cabeza en el colchón, y arquea deliciosamente su espalda para ofrecerme su sexo de nuevo. Su mirada traviesa sobre el hombro casi consigue ablandarme... Casi. Me hundo en ella hasta el fondo, y comienzo un vaivén frenético que nos hace gritar a los dos. Su sexo se contrae, mi polla corcovea... y su orgasmo me vacía por completo en su interior.

Tras un segundo para reponerme, suelto las ataduras y me tumbo en la cama, atrayéndola hacia mi pecho. Ella suspira satisfecha y cierra los ojos con una sonrisa. No puedo evitar que la ternura se apodere de mi mente, y la beso en la frente con cuidado.

—Bienvenida a mi mundo de placer, dulce Keyra —susurro, pero ella ya se ha quedado dormida.

Me despierto completamente solo en mi enorme cama. ¿Dónde demonios se ha metido Keyra? Me pongo de pie de un salto y salgo a buscarla por toda la casa, sin éxito. La llamo un millar de veces sin conseguir respuesta, y termino desnudo, empalmado y completamente frustrado en mitad del salón.

—¡Maldita mujer!

Son las once de la mañana. Mi turno no empieza hasta dentro de tres horas, pero aún así me encamino al hospital con determinación. Parece que voy a tener que enseñarle lo que significa obedecer a mi pequeña sumisa.

La encuentro en la sala de descanso tomándose un café. Al verme sonrío feliz y hace amago de levantarse, pero mi estado de ánimo no está para sentimentalismos.

—¿Puedes venir a mi despacho, por favor? —pregunto serio— Es importante.

No espero contestación, en su rostro he visto que sabe que algo no anda bien. ¡Joder! Me duelen las pelotas por las ganas de echarle un polvo que he tenido que aguantarme esta mañana, así que más le vale ser obediente.

Me quedo en mangas de camisa y me coloco tras la puerta para esperar a que llegue. En cuanto entra en mi despacho mirando alrededor, cierro la puerta a sus espaldas y la aprisiono contra ella sujetándola por el cuello, aunque sin presión.

—Nathan... ¿Qué demonios estás haciendo? —susurra.

—¿Acaso esta mañana te he dado permiso para irte?

—¡Tenía que trabajar!

—La próxima vez me despiertas. Me he levantado con ganas de follarte y por tu culpa tengo un dolor de huevos insoportable. Ahora vas a pagar las consecuencias de tu desobediencia.

—¡Estamos en el hospital!

—Si me hubieras despertado, habríamos follado en la cama.

—Pero Nathan... ¡Nathan, estás siendo incoherente!

Me quito la corbata y ato sus manos con ella. La hago inclinarse sobre uno de los sillones de mi consulta, y de un solo tirón arranco sus braguitas de encaje.

—¿Me puedes explicar qué manía tienes con mis bragas?

—Cállate, Keyra.

Ella obedece, pero en su cara se puede ver la contrariedad por la pérdida de su ropa interior. Le compraré diez docenas con tal de poder disfrutar de ese pequeño placer. Ya está húmeda, y mis dedos se impregnan de sus jugos a la primera pasada por su sexo.

—Te gusta el peligro, ¿verdad, preciosa? Estás tan mojada...

—Por favor, Nat...

—Por favor, ¿qué?

—Fóllame de una vez.

—Esto es un castigo, ¿recuerdas? No voy a darte lo que quieres a la primera de cambio.

—¡Pero no he hecho nada!

Introduzco dos dedos dentro de ella, y comienzo a moverlos deprisa. Su sexo me succiona con hambre, pero no voy a darle el orgasmo que quiere hasta mucho después. Cuando siento que sus músculos se contraen, aparto mi mano, y ella gime frustrada.

—¡Por favor!

—Ni hablar.

Desabrocho mis pantalones y dejo escapar mi polla, que lleva dura toda la mañana. La acerco a sus labios, que se entreabren sin llegar a tocarme.

—Come.

La orden consigue que ella me chupe con ansias. Succiona mi polla en su dulce boca mientras acaricia con la lengua toda su extensión. Estoy a punto de perder la cabeza. Es buena, realmente buena, ¡joder! Y voy a terminar antes de lo que me gustaría.

—¡Dios, nena, sigue así! ¡Qué bien lo haces, joder!

La agarro de la coleta con fuerza mientras disfruto del tacto de su boca sobre mí. Tengo que hacer un esfuerzo titánico para no correrme en su boca. Aún no he acabado con ella... ni mucho menos. Me coloco detrás de su cuerpo... y la empalo hasta el fondo. ¡Dios, así! Mucho mejor así. Me encanta sentirla alrededor de mi miembro. Es cálida, suave como el terciopelo, y tan estrecha... aprieto sus senos con mis manos en un intento de encontrar un ancla para tantas sensaciones. Mis embestidas se vuelven frenéticas, ella se muerde el dorso de la mano para evitar gritar, y las contracciones de su orgasmo hacen que me corra en su interior.

Salgo despacio de ella, le desato las manos y dándole la vuelta, ahora sí, ataco su boca despacio. Saboreo el dulce néctar de sus labios hasta que la tormenta amaina, y ella queda laxa entre mis brazos.

—¿Estás bien? —susurro.

Ella asiente sonriente, levanta la cara de mi pecho y acaricia mi mejilla con una uña perfectamente cincelada.

—Creo que ya no puedes decir que no follas con compañeras en horas de trabajo.

—Sí que puedo —miro el reloj—. De hecho mi turno empieza dentro de media hora, así que eres tú quien ha incumplido las reglas.

—Eso parece... Pero reconozco que me ha encantado hacerlo.

—Te gusta desobedecer, ¿eh?

—Digamos que me gusta el peligro.

Una carcajada escapa de mis labios sin poder evitarlo. La beso una vez más, pero no es suficiente y vuelvo a hacerlo hasta que ella me aparta con un gemido.

—Nathan... tengo que irme. He quedado con Rebecah Landry y ya llego tarde.

—¿Rebecah? ¿Acaso es sospechosa?

—No, pero ella estaba presente en una de las operaciones, así que quizás sepa algo. Es residente de primer año, por lo que estará asustada si hay algo turbio en el asunto.

—Es una buena chica, nena. No seas muy dura con ella.

—Solo quiero saber quién es el responsable de todo esto, mis jefes no dejan de presionarme y mi puesto está en peligro.

—Sabes que te ayudaré en lo que pueda, pero debes darme más información.

—Lo haré, pero fuera de aquí. Ahora me voy.

La beso una vez más, e introduzco mi mano por el bajo de su vestido dispuesto a retomar lo que acabamos de terminar, pero ella me aparta con un gemido.

—Nathan...

—Lo sé, lo sé.

Nos vestimos entre risas y ella sale de mi despacho con la carpeta en la mano y un aire muy profesional.

—De acuerdo, señor O'Connor —dice con la puerta abierta—. Investigaré lo que me ha contado.

—Gracias, señorita Martin. Ha sido un placer serle de ayuda.

Capítulo 4

Tengo dos días libres, así que esta noche he preparado algo especial para Keyra. Esta mañana hice una visita al *sex shop*, y he comprado varias cosas, entre ellas un aparatito que nos va a hacer disfrutar esta noche muchísimo a los dos... sobre todo a ella. Se trata de un vibrador en forma de V, para llegar al clítoris y al punto G a la vez... y puedo ponerlo en marcha con mi móvil.

La casa de Keyra me sorprende. Esperaba encontrarme con un *loft* minimalista, fuerte y práctico como ella, pero en su lugar me encuentro un apartamento repleto de muebles antiguos y recuerdos. Me abre la puerta un poco nerviosa, y la hago dar una vuelta completa para disfrutar del vestidito negro que ha elegido para esta noche.

Tras unir mis labios a los suyos un segundo, me pongo de rodillas y le bajo las braguitas sin dejar de mirarla a los ojos. Ella se relame expectante, y saco mi nuevo juguete del bolsillo interior de la chaqueta. Tras humedecerlo un poco con mi lengua, lo inserto en su interior.

Ella abre las piernas esperando más caricias, pero le subo de nuevo la ropa interior y me pongo de pie a su lado para ayudarla a ponerse su chaqueta.

—¿En serio quieres que salga con eso ahí puesto?

—¿Acaso te molesta?

—No, pero...

—Te va a ayudar a estimular los músculos vaginales, nada más. Además, va bien sujeto con las bragas, no hay peligro de que alguien lo descubra.

Ella suspira y me hace pasar. Se acerca a la cocina y vuelve con dos copas de vino.

—Tómatala mientras termino de arreglarme.

—¿Y si en vez de salir pedimos unas pizzas y nos quedamos aquí? —pregunto acercándome a ella.

—¡Ni hablar! Dijiste que iríamos a cenar, Nathan, así que ahora te aguantas.

Keyra se pierde tras una puerta y yo me relajo con el vino, que es realmente bueno. Observo las distintas fotos que hay sobre el mueble del salón. En todas ellas sale Keyra acompañada de una mujer algo más joven que ella. Supongo que será su hermana, pues las dos son bastante parecidas.

Hay una en particular que me llama la atención. Keyra está apoyada en un árbol con la toga y el birrete de Stanford, sonriéndole a la persona que hace la foto. Siento unos celos irrefrenables hacia esa persona desconocida. ¿Qué demonios me está pasando? Antes de darme cuenta estoy cogiendo la maldita foto y metiéndola en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Cuando Keyra hace su aparición, me quedo con la boca abierta, literalmente. Se ha recogido el pelo en un sencillo moño bajo, dejando algunos mechones revolotear alrededor de su cara. Apenas lleva maquillaje, pero sí lo justo para estar arrebatadora. Me acerco lentamente y la aprisiono contra mi cuerpo.

—Estás preciosa, nena. Voy a ser el hombre más envidiado de todo Brooklyn esta noche.

—Exagerado —contesta riendo—. ¿Nos vamos?

He reservado mesa en un restaurante bastante sofisticado. En cuanto llegamos, el *maître* nos lleva a nuestra mesa, que está situada en un rincón apartado. Pedimos la cena y levanto mi copa de vino para brindar con ella.

—Por los imprevistos —digo sonriendo.

—¿En serio? —ríe— Está bien, por los imprevistos.

La dejo disfrutar del primer plato completamente relajada. Hablamos de nuestras vidas, de nimiedades para llenar los vacíos que a ambos nos gustaría llenar con una buena ración de sexo, y cuando llega el segundo plato saco el teléfono de mi americana y acciono el juguete maldito.

Keyra da un salto en la silla y se agarra al mantel como si le fuese la vida en ello, cerrando los ojos con fuerza y mordiéndose el labio inferior.

—¡Joder! —suspira jadeando cuando paro las vibraciones un minuto.

—¿Ocurre algo, querida? —pregunto inocente.

—No voy a soportarlo, Nat. Si lo vuelves a accionar me correré.

—Procura no gritar demasiado —digo accionando de nuevo el juguete.

Continúo degustando mi cena mientras ella gime e inspira con fuerza entre cada bocado. Sé que se está conteniendo, y eso es lo que más me pone. No, realmente estoy cachondo desde que en su casa se dejó hacer sin protestar, desde que confió en mí por completo.

Su mano aprieta mi pierna cuando mi dulce Keyra es recorrida por el orgasmo, y apago el aparato para darle tiempo a respirar... y a cenar en condiciones.

—¿Qué tal ha ido la conversación con Rebecah? ¿Has podido averiguar algo?

—Sí... Aunque no demasiado. Me ha dicho que el anestesista olía a alcohol. Informó a su adjunta, pero ella la expulsó de la operación sin miramientos. También me dijo que no era el anestesista asignado, pero no sabe el nombre.

—¿Y quién era su adjunta?

—Serena Robinson.

—Mierda, nena...

—Eso mismo. Ahora no sé cómo demonios enfrentarla. Es una mujer difícil, y además hija del jefe de planta.

—¿Quieres que hable yo con ella?

—¡No! Es lo único que te faltaba. Si te entrometes en esto buscará la forma de echarte del hospital, y no pienso permitirlo. Debo encontrar otra manera de hacerlo...

—Esta noche no vas a encontrar la solución al problema, ¿no es así? Pues deja de preocuparte y disfruta de la cena.

Vuelvo a accionar el juguetito sexual al subir en mi coche, pero ahora ella no se contiene y grita extasiada, a pleno pulmón. Su mano traviesa vaga hasta mis pantalones, y aprieta con fuerza mi miembro, que está deseando enterrarse en su interior. Sujeto su mano para que no la mueva, no podría conducir si esos dedos mágicos se deslizaran por mi verga.

Subimos los escalones de su casa de dos en dos, y al llegar al rellano me tira las llaves y se quita las bragas y el juguete mientras abro la puerta. No me deja pensar: en cuanto cierra la puerta tras de sí me arrastra hasta el sofá, me desabrocha el pantalón y se sienta a horcajadas sobre mi miembro.

¡Joder! Su sexo chorrea, y mi polla resbala tan jodidamente bien... su culo se bambolea, succionándose cada vez más deprisa. Siento sus dientes clavarse en mi carótida, y sé que mañana tendré un buen chupetón, pero me importa una mierda.

La sujeto de las caderas para hincarme con más fuerza. Su sexo me exprime, se contrae... y me arrastra a un orgasmo devastador.

Keyra deja caer su cabeza en mi hombro, y noto cómo las lágrimas mojan mi camisa. Levanto su cara para ver que está riéndose, y que las lágrimas son los restos de la pasión.

—Debería irme —digo haciendo amago de levantarme, aunque no quiero hacerlo.

—Quédate —susurra ella.

—¿Quieres que me quede?

—Solo si tú quieres quedarte.

La levanto de mi regazo y nos dirigimos a su habitación. Tras desnudarnos, nos metemos entre las blancas sábanas de algodón, y antes de lo que imaginaba caigo en un sueño profundo.

He dormido con infinidad de mujeres a lo largo de mi vida, me he despertado con ellas e incluso he pasado el día después con ellas, pero jamás me había sentido tan extraño como esta mañana, cuando abrí los ojos y me encontré con los de Keyra Martin.

Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, tapada solo por una fina camiseta de tirantes, escrutándome, y la verdad es que me ha hecho sentir un poco incómodo. Cuando he abierto los ojos, ha sonreído, me ha besado en los labios y se ha marchado de la habitación sin más.

No entendí nada. Me di una ducha, me vestí y salí a buscarla. Ella estaba sentada en la isla de su pequeña cocina, dando buena cuenta de su desayuno. A mí me esperaba un plato repleto de huevos con beicon, un vaso de zumo y café.

—Buenos días, Mat.

—¿Por qué te has ido antes?

—Para preparar el desayuno, ¿para qué si no? Además, si me hubiese quedado habría acabado debajo de ti, y no podía ser. Hoy no trabajas, pero yo sí. Tengo que irme —dice saltando del taburete.

La cazo al vuelo cuando pasa por mi lado, y recorro su cuello con mis labios, haciéndole cosquillas.

—Llama y di que estás enferma —ruego.

—¡No puedo hacer eso!

—Claro que puedes. Nos iremos a mi apartamento y seguiremos jugando durante todo el día.

—¿Cómo voy a salir de casa si estoy enferma? Podrían verme.

—Mi coche tiene los cristales tintados, nadie te verá.

—Estás loco —susurra. Ya está casi convencida.

—Lo sé, y por eso te gusto.

Introduzco la mano por debajo de la camiseta y acaricio sus pechos, libres del confinamiento de un sujetador. Ella echa la cabeza hacia atrás y gime al sentir mis dedos jugar con sus pezones. Está tan preparada... solo un poco más y será mía.

—Nathan, no seas malo... Déjame vestirme.

—Vamos, preciosa... hazlo por mí.

Keyra escapa de mis manos retorciéndose, coge el inalámbrico de la encimera y marca el número del hospital.

—Buenos días señor —dice con voz lastimera—. Me temo que he cogido la gripe —tos falsa—, tengo mucha fiebre... No, no hace falta, un día en la cama será suficiente... Gracias, señor. Mañana a primera hora estaré allí.

Cuando cuelga el teléfono me mira con una ceja arqueada y cara de diablilla traviesa.

—¿Y bien? ¿Qué decías que íbamos a hacer?

Mi cara de asombro debe ser todo un poema. ¿En serio su jefe se ha tragado esa pantomima? ¡Hasta un crío miente mejor que ella!

—¿Cómo es posible que se lo haya tragado? Mientes fatal, Keyra —digo riendo.

—Cierto, pero es la primera vez que voy a faltar al trabajo por la cara, así que no tiene motivo para dudar de mí.

En casa no tengo demasiados juguetes sexuales, acostumbro a utilizar las instalaciones del *Inferno*, que para eso pago la cuota todos los meses, pero hoy puedo apañármelas perfectamente.

Antes de llegar, paro en el *Vernon* para encargar la comida. No pienso salir de mi apartamento en todo el día, de eso no hay duda. En cuanto cruza la puerta de entrada, Keyra lanza los zapatos por los aires, se deja caer en el sofá y me llama encogiendo un dedo.

—¿Estás lista para dar un paso más? —pregunto serio.

Ella se muerde el labio nerviosa, pero asiente de inmediato. Le ofrezco mi mano, que coge sin rechistar, y la llevo a mi habitación. Del techo cuelga un gancho de acero, perfecto para mantenerla quieta por unas horas.

Saco del cajón de mi mesilla las esposas y el antifaz. Me acerco a ella despacio, y aprisiono sus muñecas con las esposas, que engancho en el mosquetón.

—¿Todo bien? —pregunto.

Tras su asentimiento, la privo del sentido de la vista, y tras besarla fugazmente en los labios me alejo para desnudarme por completo.

—¿Tomas anticonceptivos, Keyra?

—Sí. Aunque eso deberías habérmelo preguntado antes, ¿no crees?

—Yo siempre he usado protección.

—Ayer no.

—Te recuerdo que ayer fuiste tú quien me folló a mí, preciosa. Fuiste tú la imprudente.

Mi polla se hincha con solo pensar que no tengo que interponer látex entre ella y yo. Respiro hondo, comienza la acción. Ajusto en sus deliciosos pezones unas pinzas, lo justo para dejarlos sin circulación, pero sin apretar demasiado. Ella inspira fuerte, pero no dice nada. Introduzco un huevo vibrador en su interior, y acciono la velocidad más suave.

—Nada de orgasmos hasta que yo lo diga, nena.

Veo como encoge el estómago e intenta cerrar los muslos, pero se lo impido metiendo un pie entre los suyos.

—Déjalas abiertas —ordenó—. ¿Palabra de seguridad?

—Primavera.

Saco del cajón un plumero, y comienzo a pasearlo por su piel. Ella gime, y mi polla se llena por completo. Paso las suaves plumas sobre sus pezones sensibilizados, y ella da un respingo al descubrir las nuevas sensaciones. Bajo por su estómago hasta su sexo, y acaricio su clítoris hinchado un segundo.

—¡Dios, sí! —gime totalmente entregada a mis caricias.

Cojo ahora el *flogger* que compré cuando decidí que Keyra sería mía, vamos a ver hasta dónde es capaz de llegar. Paseo las tiras de cuero por su cuerpo, acostumbándola a su textura, preparándola para lo que vendrá después.

El primer azote llega a su trasero, apenas una caricia, y ella gime en respuesta. Bien... muy bien. El segundo azote va a su estómago, un poco más fuerte.

—En cuanto quieras que pare solo tienes que decírmelo, Keyra. No hace falta palabra de seguridad.

Ella se relame los labios sin decir ni una palabra, y continúo con mi expedición. El tercer azote lo reciben sus pechos, y ella grita al sentir el cuero sobre sus pezones.

—¡Joder!

El último azote lo recibe su sexo, apenas una caricia en su clítoris, y ella llega al orgasmo, con sus jugos corriendo por sus piernas. Mi polla corcovea en respuesta a tan dulce visión, y no puedo evitar la tentación de arrodillarme ante ella y lamerlos lentamente, sin dejar escapar ni una sola gota.

—¿Qué dije, Keyra? —pregunto limpiándome la boca con el dorso de la mano.

—¿Cómo voy a hacerte caso si me haces eso?

—Tendrás tu castigo entonces, nena.

—Lo estoy deseando.

¡Joder! Si sigue así voy a terminar por dejarme de gilipolleces y follármela de una vez por todas.

El sonido del masajeador llena el aire de la habitación, y Keyra se inquieta por primera vez desde que empezamos. En cuanto acerco el aparato a su clítoris, un grito sale de su garganta. La sensación es demasiado cruda, demasiado intensa para resistirla. Sus muslos tiemblan, se convulsiona acercándose al orgasmo... y detengo la caricia en seco.

—¡No, por favor!

—¿Por favor qué?

—No pares... necesito correrme.

—Ni hablar. He dicho que no te vas a correr hasta que yo diga.

Me deshago del huevo vibrador y las pinzas de sus pezones. La sangre vuelve a correr por ellos, y los torna rosados y jugosos... como fresas maduras. No puedo evitar el deseo de chuparlos, lamerlos... morderlos sin control.

—¡Dios, sí! ¡Así... justo así! —grita retorciéndose.

Sustituyo mi boca por el masajeador, arrancándole otro gemido. Está a punto de caramelo... y yo no puedo esperar más. A la mierda el juego, el castigo y todo lo demás. La sostengo por las caderas con firmeza, y la insto a enredar sus piernas en mi cintura.

—Sujétate a la cadena —susurro un segundo antes de enterrarme en ella.

Por fin me encuentro donde quiero, en el puto paraíso. Comienzo a moverme sin control, dentro y fuera de su delicioso sexo, caliente, húmedo, suave. El sudor perla mi frente, y de su boca salen grititos ininteligibles que lo único que consiguen es enardecerme más y más. El placer llega al punto álgido, me recorre un escalofrío... y me corro en su interior cuando la oigo gritar mi nombre.

Cuando la tormenta amaina, me deshago del antifaz, y la desato con cuidado de no dejarla caer. Ella se acurruca entre mis brazos y se deja hacer, completamente extenuada. La siento sobre la tapa del inodoro lo justo para poner a llenar la bañera, y la introduzco en el agua caliente, donde se tumba con un suspiro de cansancio.

Enjabono su cabello, que se ha quedado adherido a su cara por el sudor, y ella ronronea como una gatita satisfecha. Los ruiditos que salen de su boca me hacen sonreír, y me llenan de una ternura desconocida hasta entonces.

Le enjuago la cabeza despacio y me meto en la bañera con ella, la abrazo con suavidad y suspiro. Yo también estoy cansado, llevo demasiado tiempo sin dormir bien. Permanecemos en silencio disfrutando del momento hasta que el agua se queda fría. Salimos de la bañera despacio, la seco con cuidado y cogiéndola de nuevo en brazos la tumbo sobre mis sábanas de satén.

Dormimos hasta cerca de la una del mediodía, cuando el repartidor del restaurante llega a traernos el pedido. Me levanto sin despertarla, preparo la mesa y vuelvo al cuarto para encontrármela estirándose con una sonrisa en los labios.

—Creo que jamás había dormido tan bien —susurra.

—Eso es la respuesta a las endorfinas, nena. Demasiada excitación para ti.

—¿Por qué tienes tan pocos muebles, Nathan? Tu casa está prácticamente desnuda.

—Me gustan las mujeres desnudas —bromeo—. Estoy empezando a decorarla, solo llevo aquí un mes. Antes vivía en un apartamento de alquiler, y apenas tenía cosas propias. El dormitorio y poco más. Antes de mudarme compré lo imprescindible para poder ir tirando hasta que terminase de amueblarla, pero ya sabes cómo es mi trabajo.

—Si quieres puedo ayudarte a hacerlo. Se me da bien decorar interiores.

—Nena, no te enfades, pero no estoy pensando en nada como tu piso.

—¡Oye! Que mi piso esté lleno de recuerdos no quiere decir que no sepa decorar la casa de alguien. De hecho mi hermana está muy contenta con el resultado de la suya.

—¿Tu hermana es la mujer que sale contigo en la mayoría de las fotos de tu apartamento?

—Así es. Diana es tres años menor que yo, y estamos muy unidas. Ahora ella está felizmente casada y vive a cinco horas en coche, por lo que no puedo visitarla tan a menudo como antes, pero hablamos por teléfono a diario.

Me siento en la cama para besarla. Un beso no es suficiente, así que repito la operación varias veces más antes de tirar de ella para levantarla.

—Vamos, la comida nos espera.

Me vuelve loco verla vestida con mi camiseta. Me vuelve loco ver su trasero redondeado bambolearse a través de la tela, sus piernas torneadas asomar por el borde, sus pechos rozando el logo de Nike.

Nos sentamos a comer muy cerca el uno del otro, parece que necesita mi contacto, y ¡qué cojones! Yo también. He pedido un poco de todo: ensalada, pasta, carne, y de postre su delicioso tiramisú.

—Todo tiene una pinta estupenda —dice relamiéndose—, pero creo que te has pasado pidiendo comida.

—Vamos, come. Tenemos que recuperar fuerzas. El día no ha hecho nada más que empezar.

—¿Qué tal le va a tu hermana? Me dijiste que le había salido un trabajo nuevo.

—Pues la verdad es que le va bastante bien. En el trabajo se siente a gusto, y para colmo hay alguien en su vida.

—¿Se ha enamorado?

—No... solo son amigos con derechos.

—¿Amigos con derechos? ¿Eso existe?

Su pregunta me arranca una carcajada. ¿En qué mundo vive mi dulce sumisa?

—Sin obligaciones, solo sexo. Es algo que se lleva mucho últimamente, Keyra.

—Entonces ellos son como tú y yo... ¿no?

—No puedes comparar su relación con la nuestra, Keyra. Tú eres mi sumisa, debes obedecerme y serme fiel. Ellos no tienen por qué hacerlo.

—¿Y tú, Nathan? ¿Debes serme fiel a mí?

—Los amos por costumbre no tienen por qué serle fieles a sus sumisas, pero yo no soy así. Cuando tengo una relación con una mujer me entrego por completo, no me van las medias tintas.

—Entonces no eres un amo en el sentido estricto de la palabra, Nathan. No eres como tu amigo Marc.

Su afirmación me deja un reducto amargo en la boca del estómago. Tiene razón, no soy como Marc, ¿pero por qué me jode tanto que así sea?

Capítulo 5

El teléfono interrumpe el recorrido de mi lengua por el ombligo de Keyra varias horas más tarde. Maldigo al descubrir en la pantalla que se trata de mi hermana. ¿Es que tiene que ser siempre tan oportuna? Descuelgo sin muchas ganas antes de darle un beso en los labios a Keyra.

—Eres una pesada, ¿lo sabías? —le digo a mi hermana saliendo de mi habitación.

—Yo también te quiero. Te necesito con desesperación, Nat.

—¿Qué ocurre? —pregunto con un suspiro.

—Kimberley se ha puesto enferma, y yo he quedado esta noche. ¿Puedes quedarte con los niños? Por favor...

—Nena, es que no estoy solo.

—Mucho mejor, si está Marc la noche se pasará más rápida mientras me esperas. Sabes que no te lo pediría, pero ya no me da tiempo de posponer la cita.

—No es Marc, Livy. Es una mujer.

—¿Una mujer? ¿Tienes una cita? ¡Dios, perdóname, Nat! No quería aguarle la fiesta... ¿Quién es? ¿La conozco?

—Sí, es Keyra Martin.

—¿La Keyra que te estaba investigando? ¿Esa Keyra?

—La misma.

—¿Pero te has vuelto loco?! ¿Y si algo sale mal? ¿Y si la relación no funciona? ¡Esa mujer tiene el poder de ponerte de patitas en la calle!

—Cálmate, nena. No lo hará.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Porque lo estoy. Fin de la conversación. Hablaré con ella y pospondré mi cita. Estaré allí en una hora más o menos.

Vuelvo a la habitación derrotado. Estábamos a punto de echar un buen polvo, y en vez de eso tengo que vigilar que mis sobrinos no se levanten de la cama. Keyra me mira con una ceja arqueada, y me siento junto a ella con un suspiro.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Ha surgido un problema, nena. Tengo que ir a quedarme con mis sobrinos. Mi hermana tiene una cita, y me ha rogado que le haga ese favor.

La miro a los ojos un segundo, y veo en ellos una vulnerabilidad inmensa. Las lágrimas brillan luchando por derramarse, y yo me siento un jodido capullo.

—¿Te importa que traslademos la fiesta a su casa? —digo sin pensar.

—No creo que a tu hermana le haga demasiada gracia verme aparecer por allí después de haber estado investigándote.

—Mi hermana sabe que debe permanecer con la boca callada en lo que a mi vida personal se refiere. No dirá nada.

—Pero eso no quita que me desprecie.

—Nena... no puede despreciarte porque no te conoce. Mi hermana no es de esa clase de personas. Puede que te haga una advertencia al modo de los O'Connor, pero nada más.

—Está bien... te acompañaré.

Joder... estoy nervioso. No sé por qué demonios se me ha ocurrido arrastrar a Keyra a esta estupidez, pero aquí estamos, aparcados en la puerta de mi hermana sin atreverme a salir del puto coche.

—¿Vamos a quedarnos aquí mucho rato? —pregunta ella— Porque como sigamos así tu hermana va a llegar tarde a su cita.

—Esto... Keyra... mi hermana no sabe el tipo de relaciones sexuales que me gustan.

—¿En serio? ¡Y yo que pensaba contarle con pelos y señales los detalles de nuestra sórdida relación!

—¿Sórdida? ¿Te parece sórdida?

—Es a ti a quien se lo parece visto lo visto, no a mí. Y descuida, no tengo por costumbre airear mis intimidades sexuales, mucho menos con una desconocida. Tus prácticas absurdas están a salvo.

—Lo siento, ¿de acuerdo? Nunca he venido con una mujer a ver a mi hermana, y...

—¿Quieres que me vaya? —pregunta con una seriedad que no le conocía.

—No, no quiero.

—Entonces sal del coche.

Veo cómo Keyra sale del vehículo y se apoya en el capó, esperándome. Tiene razón: soy un auténtico gilipollas, que es lo que piensa aunque no lo haya dicho.

La casa de mi hermana está en absoluto silencio, señal de que los pequeños están en la cama. He de reconocer que Livy está espectacular. El sencillo vestido negro de gasa se pega a sus caderas y los zapatos de tacón estilizan sus piernas. Madre de dos niños, y sigue teniendo el mismo cuerpo espectacular que cuando era adolescente. Livy se acerca y me besa en la mejilla antes de darse la vuelta hacia Keyra. Bien... vamos allá.

—Hola, Keyra. Me alegro de volver a verte —suelta antes de acercarse a darle un beso.

—Lo mismo digo. Estás espectacular.

—Gracias, tú también —contesta con una sonrisa—. Keyra... Sé que llevas poco tiempo saliendo con mi hermano, y no creo que se te haya pasado siquiera por la cabeza, pero si le haces daño, por ínfimo que sea, te juro que te perseguiré por los confines del planeta hasta dar contigo y hacerte morder el polvo.

—Livy... —le advierto, sin éxito.

—¿Y si es él quien me lo hace a mí? —pregunta Keyra.

—Entonces te acompañaré a emborracharte hasta que le olvides. Debo irme, mi cita me espera. Que os divirtáis.

Cuando se marcha, invito a Keyra a entrar en la casa. Mi hermana ha conseguido que me sienta mortalmente avergonzado, y eso es algo a lo que no estoy acostumbrado.

—Disculpa a mi hermana, es demasiado protectora.

—No ha sido para tanto. Es lo mismo que yo hice con mi cuñado.

—¿Tienes más hermanos?

—No. Mi padre murió cuando Diana tenía tres años, y mi madre no volvió a casarse. Me habría gustado tener más hermanas, y hermanos, por supuesto, pero no pudo ser.

—¿Tienes hambre? Voy a pedir unas pizzas.

—Estoy famélica. ¿Dónde están los niños?

—Los niños estarán durmiendo. Voy a echarles un vistazo mientras llega la comida y cenamos, ¿de acuerdo? Sírvete vino mientras tanto.

Subo los escalones de dos en dos y me cercioro de que cada uno de mis diablillos está acostado en su respectiva cama, bien arropado y dormido. Cuando bajo las escaleras escucho a Keyra hablar con el de las pizzas. Me acerco para encargarme de pagarle, y ella se aleja por el pasillo hasta el salón con la comida en las manos. El movimiento de su culo vuelve a excitarme, como siempre. Mi hermana tardará bastante en llegar, así que tengo tiempo de pasármelo bien con Keyra, a fin de cuentas.

No tengo cuerda, ni esposas, ni nada que pueda ayudarme a mantenerla inmóvil, pero ¡qué demonios! La necesito, necesito enterrarme en ella y follármela hasta que suplique clemencia.

Mi mirada se cruza con la suya a través del salón. Sabe lo que estoy pensando, porque se lame los labios lentamente sin apartar su mirada ardiente de mi cuerpo.

—¡Joder, Keyra!

Casi sin darme cuenta estoy avanzando hacia ella a través de las puertas del salón... dispuesto a seducirla.

—¿Qué crees que estás haciendo? —susurra levantándose del sofá y alejándose de mí.

—Creo que voy a posponer la cena un poco más... Me muero por follarte.

—¿Estás loco? ¿En casa de tu hermana y con los niños dormidos en la planta de arriba? Ni lo sueñes.

—Los niños no van a despertarse... nunca lo hacen. Y mi hermana tardará bastante en llegar. No tienes excusa.

—No tienes nada con lo que atarme, Nat.

—¿Y quién lo necesita?

La aprisiono contra la esquina de la chimenea antes de que pueda decir una sola palabra más. Arraso su boca con avaricia, sediento de sus besos, sediento de ella, que no tarda en recompensarme con un gemido quedo y sus manos enredadas en mi pelo.

—¡Joder, nena, cómo me pones! —susurro antes de darle la vuelta y apoyar sus manos en el frío mármol de la chimenea.

Levanto su vestido hasta dejar al descubierto su tanga de encaje rojo. ¿Se ha propuesto hacerme perder la cabeza? Casi instintivamente estoy arrodillado entre sus piernas, lamiendo el dulce néctar que corre por los labios de su sexo caliente, haciéndola gemir y morderse el antebrazo para no soltar algún chillido.

—Nada de orgasmos hasta que yo lo diga —sentencio.

—¡No, por favor Nat! ¡No voy a poder!

—Claro que podrás.

Succiono sus labios y su clitoris durante más de diez minutos, parando cuando siento su sexo convulsionarse a punto de alcanzar el clímax. Ella solloza, ruega desesperada por correrse, pero no voy a dejarla llegar si no estoy enterrado dentro de ella.

Me desabrocho el botón de los vaqueros con una sola mano mientras acaricio suavemente su sexo hinchado con la otra, y me introduzco lentamente en su interior. Tengo que cerrar los ojos en un intento de serenarme. No sé qué coño tiene esta mujer, que con solo rozarla llego a la locura.

Mis investidas son lentas, cadenciosas, recorriendo su sexo por completo, alternándolas con movimientos circulares que la hacen estremecer. Ella suplica, suplica que le permita llegar al orgasmo, pero aún es demasiado pronto, aún no quiero que esta maravillosa tortura llegue a su fin.

Aumento el ritmo de mis embestidas un poco más. El sudor perla mi frente... y la espalda de ella. Jamás me había fijado en ese pequeño tatuaje en la base de su columna... un pequeño ave fénix resurgiendo de las cenizas. De repente esa pequeña obra de arte me parece más excitante que todo su cuerpo desnudo, y digo la palabra que ella está deseando oír.

—Ahora.

Su sexo se convulsiona alrededor de mi miembro, que tras un par de embestidas más me hace llegar al éxtasis con ella. En la niebla de mi propio orgasmo la escucho jadear, y sonrío satisfecho antes de apartarme y, tras darle un beso en la espalda, volver a abrocharme los pantalones.

—Estás completamente loco —susurra—. Espero que los niños no nos hayan escuchado.

—Tranquila, nena. Los niños siguen dormidos. Vamos a cenar.

Cenamos en silencio y nos acomodamos frente a la chimenea a disfrutar de una copa de vino mientras mi hermana regresa.

—No me había fijado en el tatuaje que tienes en la espalda —comento—. Me gusta.

—Tiene un significado especial para mí.

—¿Y puedo saber cuál?

—Cuando tenía diecisiete años, me diagnosticaron leucemia. Yo quería salir, conocer a algún chico y enamorarme, divertirme, pero en vez de eso tenía que estar en el hospital la mayor parte del tiempo. Fueron los tres peores años de mi vida. Cuando el médico me informó de que estaba curada, lo primero que hice fue hacerme ese tatuaje.

—Renaciste como él —susurro.

—Así es.

La llegada de mi hermana me salva de tener que decir algo más, pues de repente me he quedado sin palabras. La vuelta a casa la hacemos en silencio, roto solo por los acordes de la música que suena en la radio. Cuando paro frente a su casa ella me mira con una sonrisa en los labios.

—Me lo he pasado de maravilla, gracias —susurra antes de besarme.

—Pídeme que me quede, nena.

—Ni hablar. Estoy cansada, mañana volvemos al trabajo, y no estoy dispuesta a pasarme toda la noche en vela.

—¿Y si te prometo que solo quiero dormir?

—Sé que no eres capaz de cumplir esa promesa, Nat, así que mejor nos vemos mañana.

La acompaño hasta la puerta de su casa, donde la beso con la intención de hacerla cambiar de idea, pero ella me aparta suavemente con una sonrisa.

—Deja de provocarme, ¿quieres? Como sigas así vas a salirte con la tuya.

—¿Acaso crees que voy a irme sin más? Abre esa puerta y vamos a dormir.

—¡Solo dormir, Nathan O'Connor!

—Lo prometo.

Mucho rato después estoy despierto en su enorme cama, con ella acurrucada a mi lado, mirando por la ventana. ¿Qué me pasa? Si no fuera porque me parece algo ridículo, pensaría que esta mujer me importa más de lo que quiero admitir. Me vuelvo de espaldas a ella dispuesto a dormirme. Mañana hablaré con Marc, seguro que él lo ve todo mucho más claro.

El sueño llega con la convicción de que estoy negando lo evidente: Keyra se está metiendo en mis venas... y eso me asusta como el demonio.

Capítulo 6

La mañana llega antes de lo esperado, y también mis calentamientos de cabeza. No quiero que Keyra se meta bajo mi piel, no quiero que ninguna mujer tenga el poder suficiente para herirme de nuevo.

Tenía dieciocho años. Sarah era la chica más bonita de mi clase de anatomía: rubia, de ojos castaños, con un cuerpo escultural y una sonrisa angelical. Nada en su aspecto me advirtió de la clase de bruja que podía llegar a ser. Me utilizó, salió conmigo solo para darle celos a su ex novio, y cuando él le pidió que retomaran su relación me dejó sin darme una explicación.

En ese momento juré que jamás volvería a permitirle a ninguna mujer que se acercase lo suficiente para hacerme daño, pero Keyra está cruzando mis defensas más deprisa de lo que imaginaba.

La causante de mi preocupación está mirándome desde su posición, sentada en uno de los sillones de su salón.

—Buenos días. ¿Estás bien? —pregunta.

—Tranquila, es solo un dolor de cabeza, se me pasara —miento—. Debo irme a casa a cambiarme, nos vemos en el trabajo.

Salgo por la puerta y la dejo así, sin tan siquiera darle un beso. No pretendo hacerle daño, pero es mejor que marque las distancias ahora que aún estoy a tiempo.

En cuanto llego al hospital recibo una llamada de Marc.

—Ey, tío... ¿vamos a salir esta noche?

Me quedo pensando por un instante... ¿Qué pasará si llevo a Keyra al *Inferno*? ¿Qué ocurrirá cuando vea que el BDSM no es solo un cuento de hadas?

—Sí, pero llevaré a Keyra.

—¿Keyra? ¿Quién es Keyra?

—¿Recuerdas las mujer con la que chocaste a las puertas del club?

—Dime que no es tu sumisa. Dime que no te has acostado con ella.

—Muy bien... no te lo diré. Nos vemos a las diez, Marc. No llegues tarde.

Cuelgo el teléfono y respiro sin presiones por primera vez en toda la mañana. Quizás, solo quizás, llevar a Keyra al club será un paso más para alejarla de mí un poco. No necesito más que eso... solo quiero no terminar enamorado de otra mujer.

Cinco horas después salgo del quirófano frustrado, cansado y replanteándome las ideas sobre Keyra y el club. Ver morir a mi paciente en la mesa de operaciones, con una preciosa mujer esperándole en la sala de espera, me hace replantearme si realmente quiero seguir con mi vida como hasta ahora. ¡Me estoy haciendo viejo! En cuanto entro en el despacho le mando un mensaje a Keyra.

Te necesito. En diez minutos en mi despacho.

Me tumbo en el sofá y cierro los ojos un minuto. Ella solo tarda en llegar seis. Abre la puerta y en su rostro puedo ver la preocupación, así que me levanto y la abrazo con fuerza mientras me pierdo en el aroma florar de su pelo.

—¿Qué ocurre, Nat? ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Mi paciente ha muerto en la mesa de operaciones.

Cuando conocí a Keyra esta información le habría servido para inculparme y conseguir que me expulsaran del hospital, pero ahora solo me abraza con fuerza mientras susurra en mi oído que lo siente. Permanecemos largo rato así, fundidos el uno en el otro, y siento que algo falta en mi vida, algo que ella puede aportarme.

—No soy tu amo, Keyra. Nunca lo he sido.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta asustada.

—Creí ser el amo del juego, pero te aseguro que no ha sido así. ¿Cómo has conseguido doblegarme, pequeña bruja? ¿Cómo has logrado que sienta esto por ti?

—¿Y qué es lo que sientes?

—Te aseguro que no lo sé. Me abruma lo que siento, Keyra. Me asusta, porque nunca he sentido nada igual, y tengo que ponerle remedio.

Ella se aparta, con los ojos anegados en lágrimas, negando con la cabeza.

—¿Vas a dejarme, Nathan? ¿Es eso?

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo se te ocurre esa gilipollez? Ven aquí, tonta.

La abrazo con fuerza y ella deja escapar un sollozo. Pronto mi camisa queda empapada por sus lágrimas.

—¡Joder, nena! ¿Tan mal me expreso que has pensado que estaba dejándote?

—¿Qué quieres que piense si me dices que estás asustado y quieres ponerle remedio, Nathan?

—Intentaba decirte que no quiero que seas solo mi sumisa, nena. Quiero que seas mi chica.

—¿Supone alguna diferencia? —pregunta mirándome fijamente.

—La verdad es que no, porque desde que estamos juntos solo he mantenido relaciones contigo. Siento algo por ti, nena, y sé que tú también lo sientes. Quiero que exploremos esos sentimientos para saber a dónde nos llevarán, eso es todo.

—Pues entonces prefiero quedarme como estamos, Nat.

—¿Cómo? —mi cara de alucine debe ser un poema.

—No quiero enamorarme de ti, no quiero entregarte mi corazón para que un día tú decidas que esto no nos lleva a ninguna parte y me dejes destrozada.

—Pero...

—Sigamos como hasta ahora, ¿de acuerdo? Sigamos como estamos hasta que ambos estemos completamente seguros de que tenemos que dar un paso más en nuestra relación. Será mejor para los dos.

Keyra se marcha, y yo me quedo con cara de gilipollas. ¿Le digo que la quiero y ella me rechaza? Salgo a correr tras ella dispuesto a tener la última palabra.

Mi sangre alcanza el punto de ebullición cuando agarro a Keyra del brazo a dos pasillos de mi consulta y me encierro con ella en el cuarto de la limpieza.

—¡Suéltame, Nathan! ¿Te has vuelto loco?

—¿Te digo que te quiero y huyes despavorida? ¿En serio?

—¿Que me quieres? ¡No me has dicho que me quieres, cerdo arrogante! ¿Crees que tengo que deducir de la sarta de estupideces que has dicho antes que me quieres?

—¿Estupideces? ¿Te parecen estupideces? ¡Te he dicho lo que siento!

—Te aseguro que lo que has dicho en esa maldita consulta no era, ni por asomo, que me quieres, así que si quieres que esto llegue a algo más de lo que es, más vale que te lo trabajes mejor.

—Te quiero, Keyra. Te quiero y tengo miedo de que esto no funcione. ¿Satisfecha?

—Mucho mejor, señor O'Connor. Pero no es suficiente.

—¿Qué demonios quieres de mí?

—Quiero que me lo demuestres. Quiero sentir que me quieres en cada caricia, en cada beso que me des. Cuando eso ocurra... seré tuya por completo.

—¿Y no lo eres ya? —digo con una sonrisa acercándome a sus labios.

—Ni por asomo.

Uno mis labios a los suyos y dejo escapar la tensión que llevaba dentro. No es lo que esperaba, pero al menos sé que siente algo por mí, ¿no? De lo contrario no necesitaría sentir que la quiero.

—Esta noche vamos a ir al club, nena. Quiero ver de qué eres capaz estando allí.

—De acuerdo.

—He quedado con Marc allí a las diez.

—Sabes que no nos soportamos —protesta.

—Eso es porque no os conocéis. Además, el capullo te dejó sin coche, es justo que no le soportes. Pero es mi amigo, y es importante para mí que intentéis llevaros bien.

—Está bien, pero lo hago solo por ti.

Keyra se aparta suavemente de mi cuerpo, me besa justo encima del corazón y sale del armario cerrando la puerta con suavidad.

La puerta del club está a rebosar de gente. Hoy hay una exhibición de Shibari de manos de un gran maestro, y eso ha atraído a más gente de lo que suele ser habitual un jueves por la noche.

Keyra está espectacular con el vestido de licra negro que ha elegido para esta noche, y sus tacones de aguja me hacen desear follarla de mil maneras diferentes... sin deshacerme de ellos. Cuando nos acercamos al club, ella se agarra fuerte a mi mano y pega su cuerpo al mío. Sonríe al percibir su temblor, está nerviosa, y quizás un poco asustada.

Desde que he decidido que no voy a permitir que una mala experiencia del pasado me quite lo que pueda tener con ella, me siento mucho mejor. Me encuentro más relajado en su presencia, y más posesivo también. No puedo evitar sentirme el hombre más afortunado del planeta cuando algún amo la mira de reojo, pero si alguno de ellos se atreviese a tocarla, rodarian cabezas, de eso estoy seguro.

Michael abre la cadena del pase VIP y me saluda con una palmada en la espalda.

—Nathan, bienvenido, tío.

—¿Qué tal está la cosa esta noche, Mike?

—Tranquila, aunque haya mucha gente. La mayoría viene a disfrutar de la exhibición, y las salas están como cualquier jueves.

—Espera que termine el Shibari y hablamos. Déjame presentarte a Keyra. Mi chica.

—Encantado de conocerte, Keyra. Has sabido elegir bien, Nat es un buen amo.

—No me cabe la menor duda —contesta ella con una sonrisa.

—¿Ha llegado Marc? —pregunto.

—¿Estás de coña? Dime una sola vez que ese gilipollas llegue a tiempo.

—Tienes razón. Le esperaremos dentro, entonces. Hasta luego.

—Divertíos.

Cuando nos acomodamos en la barra, Cristal se acerca a darme un beso en los labios, como de costumbre, pero vuelvo la cara lo justo para que sus labios rocen mi mejilla. Ella sonríe y mira de reojo a Keyra, que sonríe satisfecha.

—Así que tú eres la nueva chica de Nat... Enhorabuena. Soy Cristal, camarera y amiga de este elemento.

—Encantada de conocerte. Soy Keyra.

—¿Y bien? ¿Qué te sirvo?

—Un Cosmopolitan, por favor —contesta ella.

—¿A ti lo de siempre, Nat?

Asiento con la cabeza y cojo la mano de Keyra para depositar un beso en su palma.

—¿Más tranquila?

—No estaba nerviosa —contesta avergonzada.

—Claro que no, solo temblabas de frío —bromeo.

—Vale, sí, estoy un poco nerviosa. No puedes negar que mi única incursión en este club fue un poco... desagradable.

—Nena, la situación no es la misma, ni por asomo. Aquel día eras una mujer sola en un lugar que podía resultar peligroso para ella. Hoy eres mía.

—Aquí tenéis —Cristal ha vuelto con nuestras copas—. Que os divirtáis.

Cuando se marcha, Keyra eleva su copa en un brindis silencioso antes de dar un sorbo a su bebida.

—¿Has estado con ella? —pregunta de pronto.

—¿Con quién?

—Con la camarera.

—¿Qué? ¡No! Marc ha estado con ella. Varias veces, de hecho. Son dos gilipollas que prefieren no estar juntos a decirle al otro lo que siente.

—Que tu amigo es gilipollas no te lo discuto. Ella le conoce, sabe la clase de persona que es... y no quiere sufrir.

—Así que además de inspectora de asuntos internos eres psicóloga...

—Nada de eso. Simplemente estoy suponiendo.

Marc entra en ese momento por la puerta seguido de una rubia despampanante que camina detrás de él con la cabeza gacha.

—Ey tío... siento llegar tarde —dice saludándome.

—A ver si lo adivino... ¿Has tenido un accidente? —pregunta Keyra con una sonrisa traviesa.

—Nena, para —la reprendo sonriendo también.

—Muy graciosa, pero fue culpa tuya. Os presento a Mary. Ellos son mi amigo Nathan y Keyra, su sumisa.

Escuchar a Marc referirse a Keyra de esa manera me pone de mal humor. Realmente lo es, pero ¿por qué me molesta?

—Voy a las salas —dice Marc sacándome de mi ensimismamiento—. ¿Venís?

—Más tarde —contesto—. Quiero ver la exhibición.

—¿Qué son las salas? —pregunta Keyra cuando Marc se ha marchado.

—Son las habitaciones donde se juega. Las hay públicas, en donde los juegos se comparten en grupo... o privadas, que serán las que usemos nosotros.

—¡Gracias a Dios! No soportaría que me vieran.

—Aún no te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿De qué?

—Crees que yo soy quien tiene el poder, que yo mando y tú obedeces, ¿no es cierto?

—¿Acaso no es así?

—Tú tienes todo el poder, mi dulce sumisa. Eres tú quien decide hasta dónde podemos llegar. Crees que soy tu amo, pero la realidad es que soy esclavo de tus deseos.

—Vamos, te perderás la exhibición.

Observo a Keyra andar delante de mí, pero no he pasado por alto lo turbada que le han dejado mis palabras. Jason Cross es el experto en Shibari más famoso de la ciudad. Sus creaciones con cuerdas son pura fantasía, y hoy va a realizar un árbol Shibari, una compleja creación que muy pocos saben hacer.

Disfruto de la exhibición con Keyra aprisionada entre mis piernas. El roce de su cuerpo en mi entrepierna me está volviendo loco, y las luces están centradas en el escenario, por lo que el resto de la sala está oscura. Paso distraídamente la mano por debajo de su vestido hasta alcanzar el encaje de sus braguitas.

—¡Nathan, no! —susurra intentando quitar la mano.

—Está oscuro, nadie se dará cuenta.

Paso el dedo varias veces por su abertura, y el encaje comienza a mojarse poco a poco. Keyra echa la cabeza hacia atrás y se deja hacer, no sin mirar continuamente a uno y otro lado para ver si nos descubren.

—Relájate... nadie nos está mirando.

Introduzco la mano dentro de sus braguitas y aprisiono su sexo, antes de comenzar los movimientos circulares alrededor de su clítoris, que se hincha por momentos. Ella intenta ocultar sus gemidos, pero es inevitable que salgan de sus labios. Continúo con mi movimiento distraído, mientras simulo prestar atención a la exhibición. Ella se retuerce entre mis piernas, se tensa, y con un gemido ahogado llega al orgasmo. Saco entonces la mano de su confinamiento y pido a Cristal que nos rellene las copas como si nada.

Keyra vacía su Cosmopolitan de un trago antes de sentarse en el banco que hay a mi lado con las piernas cruzadas.

—Eres un capullo —susurra.

—Pero te gusto, ¿verdad Keyra? Te gusto demasiado como para dejarme aquí y marcharte.

Ella suspira, dándome la razón, y se concentra de nuevo en el escenario. Es cierto que le gusto, ¿pero algún día sentirá por mí algo más que deseo?

El bonsái Shibari que adorna el escenario deja a Keyra sin respiración. La sumisa está enredada en sus raíces, y las cuerdas marrones y verdes se entremezclan sobre ella hasta alcanzar la copa del árbol.

Keyra aplaude apasionada, con una sonrisa en los labios, y no puedo evitar sentirme afortunado por tenerla.

—¡Ha sido magnífico, Nat! No me extraña que te guste el Shibari.

—Cierto, me gusta, pero no me veo capaz de practicarlo.

—¿Por qué no?

—En primer lugar hace falta mucho tiempo, mucho entrenamiento para llegar a dominar ese arte, y en segundo lugar necesito poder desatarte deprisa. Con una estructura simple tardaría más de cinco minutos en desatarte, y no disponemos de ese tiempo cuando estamos a punto de estallar, ¿verdad, nena?

—Pero no tiene por qué ser para aplicarlo al sexo. Te gusta, y si quieres aprenderlo deberías hacerlo.

—Volvemos al primer punto. Se necesitan muchas horas de práctica y dedicación para aprender, y yo no dispongo de ellas. ¿Estás preparada para entrar a una sala?

—Supongo que sí.

Noto cómo tiembla cuando esas palabras salen de sus labios. Sigue nerviosa, y tengo que averiguar por qué.

—¿Qué ocurre?

—Me pone nerviosa estar aquí, eso es todo.

—No debes tener miedo, estás conmigo.

—Sé que estoy contigo y que no corro ningún peligro, pero este club me da escalofríos.

Me levanto del banco y la cojo de la mano para llevarla a una de las salas. Ella me sigue sin rechistar, aunque se muerde el labio nerviosa. La sala tiene las paredes pintadas de rojo. Una cama redonda con sábanas de satén negras ocupa el centro de la estancia, y en cada una de las esquinas hay diferentes objetos de tortura: una cruz de San Andrés, un potro, un diván y un columpio. Las paredes están repletas de objetos para el uso y disfrute de los socios: látigos, *floggers*, varas, esposas, mordazas, trajes de látex, velas...

Keyra avanza por la habitación pasando suavemente la mano por algunos de los objetos. Se para delante de uno de ellos y lo coge para observarlo con curiosidad.

—¿Qué es esto? Parece una mascarilla de oxígeno.

—Es un succionador de vagina —respondo visiblemente divertido.

—¿Y qué sentido tiene?

—Aumentar el tamaño de los labios y hacerlos más sensibles.

Ella continúa con su paseo, y coge en las manos un dispositivo de castidad masculino. Tiemblo solo de pensar en su función.

—Creo que voy a querer uno de estos... para ponértelo a ti —bromea—. Así estaré segura de que me eres fiel.

—En primer lugar no necesito ningún aparato para ser fiel, nunca lo he necesitado. Y en segundo lugar, su función no es esa, sino infringir dolor al sumiso.

—¿Dolor?

—Una vez se ha colocado el dispositivo, el amo excita al sumiso para provocarle una erección. Ya puedes imaginarte el resto.

—¡Dios mío, qué dolor!

—Hay personas a quienes les gusta el dolor, a quienes les excita.

Keyra descubre ahora otro juguete masculino, una sogá de testículos.

—¿Y esto?

Me acerco a ella y le quito el aparato de las manos.

—Esta parte se sujeta sobre los testículos, y se deja caer la pesa para que tire de ellos.

—¡Joder, Nathan! Me dan escalofríos solo de pensarlo.

—Créeme, ninguno de los objetos que has cogido hasta ahora van a formar parte de nuestros juegos.

—¿Y esto? —pregunta sosteniendo una cola de pelo blanco.

—Es un *plug* anal.

—Vale, puedo imaginarme cómo se utiliza.

Tras una carcajada la cojo de la mano y la acerco a la cruz de San Andrés.

—Esto sí que lo usaremos a menudo, nena. Es una cruz de San Andrés. Te ataré a ella de pies y manos para poder jugar.

Keyra toma la postura frente a la cruz, y aprisiono sus extremidades con las abrazaderas antes de situarme frente a ella con los brazos cruzados.

—Deliciosa, pero estarías mejor desnuda.

—Calla, estoy habituándome a ella. No es demasiado incómoda, quizás terminen por dolerme un poco los brazos, pero nada más. ¿Me desatas?

—Creo que voy a dejarte ahí un poco más.

Me acerco a un suspiro de ella, y pego mi pecho al suyo mientras subo una mano por su pierna.

—Podría dejarte ahí el tiempo suficiente para provocarte otro orgasmo, ¿qué te parece?

—Que deberías desnudarme ya.

Me río antes de deshacerme de las ataduras, y Keyra se acerca al columpio.

—¿Y esto? Parece interesante.

—Lo es... muy interesante. ¿Quieres probarlo?

Ella asiente, y bajo el columpio para sujetar las abrazaderas a su cuerpo. Una vez terminada la tarea, acciono el mecanismo para elevar a Keyra en el aire, justo donde la quiero. Está suspendida con las piernas completamente abiertas, completamente a mi merced. Pensaba mostrarle lo que nos esperaba en la habitación y marcharnos a casa, pero mi polla se hincha por momentos al ver sus labios escaparse por el fino encaje del tanga.

—Se puede utilizar para muchas posturas —digo con un carraspeo—, pero esta es la que más me gusta. Puedo tocarte —paso un dedo por su abertura—, lamerte —ahora mi lengua imita al dedo— o follarte todo lo que quiera.

Restriego mi polla contra su sexo, que ya está empapado, una y otra vez. Cierro los ojos en un intento de controlarme, de recuperar la cordura suficiente para bajarla del columpio, pero su gemido me hace perder la batalla. Me agarro a las cadenas del columpio y la miro a los ojos.

—Me había propuesto enseñarte todo esto, hacer que te sintieras cómoda en el club y marcharnos a casa a hacer el amor.

—¿Y ahora?

—Ahora necesito follarte, nena. Necesito follarte tal y como estás ahora. ¿Por qué cojones tienes que estar tan deseable ahí subida?

Me acerco lo suficiente para unir mis labios a los suyos, pero ella deja escapar en un susurro la única palabra capaz de eliminar toda mi determinación.

—Fóllame.

Me pongo de rodillas frente a su sexo, y lo chupo a través del encaje de su tanga. ¡Joder, qué poco va a durarle ese tanga! Sus jugos se filtran a través de la tela y llegan hasta mis papilas gustativas, consiguiendo hacerme estremecer. Es dulce... tan, tan dulce...

Sus gemidos llenan la habitación mientras me doy un festín con su sexo, pero no es suficiente, ni por asomo. Con un tirón me deshago del encaje y entierro la boca de nuevo en su sexo. Sus labios hinchados me dan la bienvenida, y me deleito en su dulce sabor mientras ataco su clítoris con avaricia.

Ella se retuerce recorrida por los espasmos de su orgasmo, y uno mi boca a la suya en un intento de serenarme.

—Te compraré un ciento, te lo prometo —digo refiriéndome al tanga.

Ella suelta una carcajada, que queda interrumpida cuando sus ojos se fijan en la cremallera de mis pantalones, que dejan al descubierto mi pene hinchado, deseando enterrarse en su humedad.

Se relame los labios mientras me acerco a ella, y cierra los ojos con un suspiro cuando centímetro a centímetro me introduzco en su sexo. Ahora sí, ayudándome de las cadenas, comienzo a embestirla con fuerza, hincándome en ella hasta el fondo, sintiendo cómo me succiona, como me engulle hasta la empuñadura.

Mis gemidos compiten con los de ella, mis caderas no pueden cesar su vaivén desenfrenado, y cuando su sexo se convulsiona sobre mi polla me arranca el orgasmo que tanto estaba deseando.

Salimos de la sala cogidos de la mano, y me acerco a la barra para pedir otra copa, ya que nuestras bebidas han quedado olvidadas junto al columpio. Me siento en el taburete con Keyra de nuevo entre mis muslos, y me deleito saboreando su boca una y otra vez.

Cristal se acerca y se apoya en la barra con una sonrisa.

—¿Todo bien, parejita?

—Perfecto —contesta Keyra con una sonrisa—. Sírveme una botella de agua, por favor. Estoy sedienta.

—Es el efecto que suele provocar estar en una de las salas.

Mi amiga se aleja y vuelve un par de minutos después con una botella de agua para Keyra y una bebida energética para mí, que me bebo de un trago.

—¿Marc? —pregunto.

—Aún sigue encerrado en una de las salas. Estará poniendo a prueba a su nueva adquisición.

—Cris... deberías habar con él —digo cogiendo su mano.

—¿Para qué? No servirá de nada.

Dicho esto, se aleja cabizbaja y con la sombra de las lágrimas asomando a sus preciosos ojos verdes.

—¿Qué les ocurrió? —pregunta mi curiosa chica.

—Íbamos todos al mismo instituto. Ella era la única chica de la clase, y nos hicimos inseparables. Venía a todas partes con nosotros, y creí que era porque estaba enamorada de mí. Siempre había tenido más confianza conmigo, se mostraba más cariñosa que con Marc... y yo era un gilipollas.

—Típico de un adolescente —contesta con una sonrisa.

—Un día quedé con ella a solas, para decirle que lo nuestro no podía ser, que yo solo la veía como una amiga. Se rió en mi cara. Rió durante lo que me parecieron horas, sujetándose el estómago porque no podía parar. Entonces me confesó que estaba enamorada de Marc, pero que sabía que jamás podría tener nada con él.

—Pobre chica.

—La intenté ayudar muchas veces, pero Marc siempre ha sido un gilipollas en cuanto a mujeres se refiere. Cristal ha tenido que soportar verle desfilar con infinidad de rubias oxigenadas sin nada de cerebro desde los dieciséis. Hace unos meses, Cristal dio una fiesta en su casa para celebrar que se había mudado. Bebieron de más, ella se lanzó... y terminaron en la cama. Pero al día siguiente, cuando se despertó, Marc se había largado y no volvió a tocar el tema. Ya ha hecho lo mismo varias veces, y ella siempre termina claudicando. Si le pregunto por su relación con Cris me suelta evasivas, y a ella la trata como si no hubiese pasado absolutamente nada.

—Me reitero. Tu amigo es gilipollas.

—Lo sé, pero es mi abogado, uno de los mejores del país, y tengo que soportarlo —bromeo.

El aludido se acerca por el pasillo con la rubia detrás de él, la despacha con un susurro y se acerca a nosotros.

—Podías invitarla a una copa, macho. Eres un borde —le reprendo.

—Es mi sumisa, no mi novia. Puedo ser todo lo borde que quiera. ¿Se ha puesto ya mi seguro en contacto con el tuyo? —le pregunta a Keyra.

—No que yo sepa. Aún no me han dicho nada. ¿Por qué?

—Curiosidad, simplemente. Quisiera saber cuánto me va a costar el arreglo.

Keyra suspira y se aparta de mí un segundo.

—Voy al baño.

Cuando se ha marchado, me encaro a Marc.

—¿Se puede saber de qué vas? —le espeto.

—¿Qué? Intentaba ser amable.

—¿Amable? ¿Crees que es amable recordarle a mi novia que la has dejado sin coche?

—Espera, ¿qué? ¿Tu novia? ¿Y eso desde cuándo?

—No sabía que tenía que darte el parte de mi vida sentimental a diario.

—¡Lo siento! ¡Creí que era solo una sumisa con la que jugabas!

—Aunque así fuera, te has pasado. Espero oír una puta disculpa en cuanto ella salga del baño, Marc, o te juro que...

—¿Otra vez la ha cagado este capullo? —pregunta Cristal— Muy típico de él.

—¿Por qué no te vas a servir copas y nos dejas en paz? —dice Marc entre dientes.

—Te recuerdo que soy accionista. Si quisiera podría pasarme toda la noche sentada bebiendo vodka y disfrutando de los cotilleos.

—Te encantan los cotilleos, ¿verdad, preciosa? Nada como una noticia fresca para ir contándola a los cuatro vientos.

—Yo no tengo que ser educada como Keyra, Marc. ¡Vete a la mierda!

La noche llegó a su fin. No pienso estar en medio de una batalla campal entre estos dos, así que espero a Keyra en la puerta del baño y nos marchamos sin despedirnos.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Yo sí, nena, pero Marc y Cristal han empezado a discutir, y no tengo ganas de estar en medio.

—Me cae bien Cris. Es una mujer increíble. ¿Desde cuándo trabaja en el *Inferno*?

—No trabaja aquí, es la mayor accionista del local. Su padre era el dueño, y cuando murió pasó a ser de ella. Pero el negocio se hundía, y necesitaba dinero para levantarlo a flote, así que vendió parte de las acciones para ello.

—¡Vaya! Cualquiera lo hubiese dicho.

—Antes era un club vulgar, donde podía entrar cualquiera y más de un sumiso salió mal parado. Ella lo reformó, puso normas, seguridad... y unas cuotas lo suficientemente altas como para que no entrase cualquiera. Ha hecho un gran trabajo.

Llegamos a mi apartamento veinte minutos después. Keyra lanza los zapatos de tacón al aire y se sienta con las piernas cruzadas en el sofá.

—Necesitas muebles, Nathan. Y una televisión, cortinas... ¡Tu casa está desnuda!

—No tengo tiempo, nena. En mi próximo descanso iremos a comprarlos, ¿qué te parece?

—Por mí estupendo. Veré si puedo compaginar mis descansos con los tuyos para no tener que mentir más a mi jefe. No sirvo para hacerlo.

—Ya te lo dije, eres pésima mintiendo.

Alargo mi mano hacia ella, que la acepta sin rechistar. Cruzamos el salón hasta mi dormitorio, donde la desnudo lentamente. Ella se acurruca entre las sábanas de satén, y me reúno con ella en cuanto me deshago de mi ropa.

La abrazo por la espalda y beso el hueco de su cuello con suavidad, arrancándole un gemido.

—Puedes decirme que no, Keyra. Que seas mi sumisa en la cama no implica que tengas que estar disponible para mí cada vez que yo quiera acostarme contigo.

—Lo sé —Se vuelve hacia mí—. Si no te he dicho nunca que no, es porque yo también quería acostarme contigo. En cambio, hoy estoy demasiado cansada para hacerlo. ¿Lo dejamos para mañana?

Une su boca a la mía en un beso sensual, que hace que mi sangre arda al momento. Me separo de ella, que abre los ojos con una sonrisa y se tumba en la cama de nuevo.

—Te aseguro que con besos como ese no me demuestras que quieras dormir —suspiro.

Ella se ríe y se apoya en mi pecho, mirándome a la cara. Permanece callada, pero sé que algo se está cocinando en esa cabecita suya.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

—Me da pena Cristal. Lo está pasando mal con Marc, y no se merece que la trate así.

—En eso estamos de acuerdo, ¿pero qué podemos hacer?

—He pensado que podrías celebrar tu mudanza cuando tengas la casa amueblada. Una reunión íntima, nada más. Quizás se lancen y vuelvan a repetir. Quizás

podamos conseguir que hablen, y hacer que estén juntos o que Cristal abra los ojos de una vez por todas.

—No es mala idea... Lo haremos. Pero ahora vamos a dormir. ¿No decías que estabas cansada?

—Se me ha quitado el sueño. ¿Sabes lo que me apetece? Un chocolate con galletas.

—¿En serio? ¿A estas horas?

—Sé que soy rara, pero si no me lo tomo no podré dormir.

—Vamos a prepararte ese chocolate.

Me levanto de la cama y preparo dos chocolates en la cocina. No tengo galletas, pero creo que unas nubes servirán. Al volverme me la encuentro sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y vestida con mi camisa.

—No tengo galletas, pero sí nubes.

—Gracias —coge la taza entre las manos y sopla para enfriarlo un poco.

—Sube al sillón. Vas a coger frío.

—Te hace falta una alfombra —dice—. Este suelo es demasiado frío.

—El suelo no es para sentarse, nena. Es para caminar.

—No dirás lo mismo cuando tengas una mullida alfombra de angora para revolcarnos por ella.

En ese momento se me pasa por la mente la imagen de Keyra, desnuda, sobre una alfombra frente a la chimenea. La idea es muy atrayente, debo reconocerlo.

—Alfombras. ¿Qué más necesito?

—Algún mueble para el salón. Supongo que tendrás discos y películas para colocar en alguna parte.

—Y el DVD, y la consola, el equipo de música... Sí, definitivamente me hace falta un mueble para el salón.

—Una mesa para comer. No puedes esperar que tus invitados coman en la mesita de café o en la isla de la cocina.

—¿Alguna cosa más?

—Ya te iré informando conforme las piense. Ahora mismo no se me ocurre mucho más.

—Muy bien, diseñadora de pacotilla, cuando tengamos un día libre iremos a comprar todo lo que se te antoje, pero ahora deberíamos dormir. Es tarde y mañana los dos nos arrepentiremos de trasnochar.

—Venga, vamos a la cama.

Meto ambas tazas en el lavavajillas y me vuelvo hacia Keyra, pero ella ya ha desaparecido por la puerta de mi dormitorio. Cuando me meto entre las sábanas, Keyra se abraza a mí, suspira, y en menos de un minuto está profundamente dormida.

Yo tardo en hacerlo un poco más, perdido en la certeza de que me está gustando hacer planes a largo plazo con ella. Perdido en la certeza de que, aunque lo niegue, ella ya es mi dueña.

Capítulo 7

Odio los lunes. ¿Hay alguien a quien le gusten los lunes? Pues yo no soy una excepción. Y no es porque venga después de un fin de semana de descanso y relax, porque mis descansos no coinciden siempre con sábado y domingo, sino por la cantidad de gilipollas que andan sueltos por las calles a las seis de la mañana.

He quedado con Keyra para recogerla en su casa, y al final ha tenido que coger un taxi porque he llegado jodidamente tarde. Entre el tráfico y el accidente en *Atlantic Avenue*, ha sido imposible cruzar la ciudad en el tiempo que tardo habitualmente.

En cuanto llego al hospital, entro en el vestuario y me pongo el uniforme. Es hora de salvar vidas. Me dirijo al despacho del jefe para hablarle del paciente de la 4-B, que es amigo suyo, pero sus gritos me paran en seco.

—¿Cómo se atreve a calumniar a mi sobrina de esa manera?!

—Señor Robinson —¿Es la voz de Keyra?—, hay varios testigos presentes en esa operación. El anestesista asignado se marchó porque su madre estaba grave en el hospital, y hubo un cambio de última hora que no se notificó. Su sobrina era la responsable de ese quirófano, y no solo se olvidó de notificar los cambios. Una interna le informó de que el anestesista olía a cerveza, y en vez de cerciorarse, expulsó a la interna y prosiguió con la operación.

—¡No va a manchar el nombre de mi sobrina! ¡¿Me oye?! ¡No lo permitiré!

—Le recuerdo que usted no es mi jefe, y le aseguro que su sobrina pagará la negligencia al igual que ese anestesista. Si no quiere cooperar me parece estupendo, pero le advierto que es mejor que no interfiera en la investigación.

Keyra sale del despacho de mi jefe tan estirada, tan jodidamente sexy... Hoy ha elegido ese vestidito con falda ajustada que tanto me gusta, y lleva el pelo recogido en una coleta alta... ideal para agarrarla mientras follamos. Al pasar por mi lado me guiña un ojo cuando una sonrisa comienza a asomar en sus labios, y yo me quedo embobado perdido en el movimiento de ese culito respingón que es completamente mío.

Cuando mi mente sale de la nube de deseo sexual frustrado hasta esta noche, caigo en la cuenta de que mi preciosa novia ha enfadado a mi jefe. Cojonudo, voy a pagar las consecuencias. Suspiro resignado antes de enfrentarme a mi nuevo reto.

—¿Se puede, jefe?

—¿Qué demonios quieres?

—Darle el parte de Joe, como me dijo.

—Ah, sí, pasa. ¡Dios! La de asuntos internos me pone enfermo. ¿Cómo está mi buen amigo Joe?

—Ha pasado una noche tranquila, sus constantes son normales y ya puede hablar relativamente bien. Ha tenido suerte, muchos no recuperan el habla después de un tumor de ese calibre.

—Gracias, Nathan. Pasaré a verlo después.

—Si no necesita nada más...

—Quería pedirte un favor. Quiero que vigiles a la de asuntos internos. Se ha propuesto joderme, y quiero saber por qué.

—Con todo mi respeto, señor, pero yo también estoy en su punto de mira, y no quisiera que se fijase en mí más de lo estrictamente necesario.

—¿Tú, en el punto de mira? ¿Por qué?

—Alguien le ha ido con el cuento de que me acuesto con las enfermeras en horas de trabajo, cosa totalmente falsa, por supuesto.

—¿No sabes quién es?

—Me hago una idea, pero no voy a hablar sin tener la certeza absoluta de que ha sido ella, ¿no le parece?

—Claro que no, muchacho.

—Hasta luego, jefe.

Suspiro aliviado cuando salgo de la consulta. Una jodida batalla ganada. Bueno, en realidad han sido dos. ¿Vigilar a Keyra? No hay nada que me gustase más que

eso, pero si lo hiciera, en algún momento el jefe terminaría por descubrir que estoy saliendo con ella, y entonces sí que estoy de patitas en la calle.

Cuando entro en mi despacho, Keyra está sentada en mi sillón, con esas deliciosas piernas cruzadas y una mirada de lo más traviesa...

—¿Qué ha ocurrido en ese despacho? —pregunto— ¿Estás bien?

—¿De cuánto disponemos?

—¿Cómo?

—¿De cuánto tiempo disponemos para echar un polvo?

—Eh... acabo de terminar las rondas, y no opero hasta dentro de media hora, pero...

—Perfecto.

Mi perversa diablesa se pone de pie y se quita las braguitas de encaje, que deja caer sobre mi escritorio. ¡Joder! Estoy temblando de lo mucho que me poner verla en ese estado. Keyra se acerca despacio y me desabrocha los pantalones.

—¡Joder, nena! ¿Qué te ha pasado?

—Te deseo, Nathan. Te deseo tanto que duele.

Se acabó. Al diablo el miedo a que nos pillen, la prudencia y la conciencia. Cierro la puerta con el cerrojo, levanto a mi chica en peso y empotrándola contra la puerta me hincó en ella hasta el fondo.

—¿Es esto lo que quieres, gatita? ¿Es esto lo que deseas?

—¡Dios, sí!

Comienzo a moverme deprisa, a empalarme hasta el fondo una y otra vez. Sus uñas cinceladas se clavan en la carne de mi espalda, su boca me ataca con un ansia desconocida en ella para mí. Voy a correrme... como siga así voy a correrme...

—Vamos nena, córrete para mí.

Un escalofrío me recorre la columna cuando su sexo me estruja y me arranca mi orgasmo. Pero no es suficiente, necesito más, así que me pongo de rodillas y me como ese coñito delicioso, que está tan mojado que sus jugos chorrean por sus piernas mezclados con mi semen. Keyra se resiste, intenta apartarme, pero la sujeto por las muñecas para continuar con mi festín. Chupo, lamo, muerdo su clítoris sin descanso. Ella se convulsiona, se arquea y grita perdida en un nuevo orgasmo que la deja resbalar laxa hasta el suelo de la consulta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto entre jadeos.

—Lujuria. Pura lujuria. Cuando te he visto en la puerta del despacho de tu jefe... no sé qué me pasó, pero me excité tanto que...

La beso para cortar su perorata. No me importa el motivo, ha sido un polvo alucinante, absolutamente excitante, y no voy a quejarme por ello.

—Tengo que irme, Nat.

—Espera, nena. Estás toda despeinada y el rímel corre por tu cara.

—¿En serio? ¡Nathan, debo estar horrible!

—Preciosa —contesto besándola—, estás absolutamente preciosa.

Vuelvo a besarla, esta vez ella se abraza a mi cuello y pega de nuevo su cuerpo al mío. Encaja tan bien... parece estar hecha para mí. Con una sonrisa aparta su boca de la mía y pone distancia entre nosotros.

—Debo arreglarme un poco antes de irme, Nat. No me retrases más.

—En el primer cajón de mi escritorio hay toallitas húmedas.

—Servirá. Lo malo es mi pelo... Está hecho un desastre.

—Esta noche hazte una coleta como la que llevabas, por favor.

—¿Para qué? —pregunta extrañada.

—Porque quiero agarrarme de ella cuando te esté follando a cuatro patas, princesa.

—¡Cállate! ¡Vas a conseguir que me excite otra vez!

Cuando se ha recompuesto lo suficiente para salir de mi despacho, abro la puerta y miro a ambos lados del pasillo para cerciorarme de que no hay nadie que la pueda pillar saliendo a hurtadillas. Ella vuelve a besarme antes de alejarse contoneando su culo por el pasillo.

Me dejo caer en mi silla con una sonrisa de oreja a oreja. Tengo que operar en... diez minutos. No puedo llegar tarde, pero es la primera vez que voy a operar completamente relajado.

Capítulo 8

Reconozco que estoy nervioso por primera vez en mucho tiempo. He quedado con Keyra para comprar los muebles de mi casa, y me siento extraño... muy extraño. Cuando terminemos con las compras vamos a cenar con Cristal y Marc... para no levantar sospechas en cuanto a nuestro plan de juntarlos de una vez o separarlos para siempre.

Mi chica por fin dispone de su horterada rosa chicle, así que vendrá a casa y luego nos iremos con mi coche, por supuesto, a IKEA, en *Beard Street*. Cinco minutos antes de la hora suena el timbre de la puerta. Keyra está buena con traje de chaqueta, con vestidos... pero en vaqueros está para comérsela. La aprieto contra mi cuerpo cogiéndola del culo y le doy un beso como se merece: dulce, suave y seductor.

—No sabía que los vaqueros te sentaran tan bien. Estás preciosa —susurro—. ¿Nos da tiempo para uno rápido?

—Ni lo sueñes. Tu casa está desnuda y tenemos que amueblarla, así que mueve el culo. Tenemos que dejarlo todo listo para poder salir a cenar con Cris y Marc.

—Hubiese sido mejor idea quedar con ellos aquí para que nos ayudasen a montar muebles. No entiendo tu manía por comprar en IKEA cuando en una tienda de decoración los montan y no tenemos que hacer nada.

—¿Y dónde está la diversión? Será divertido, ya verás. ¿Has tomado las medidas que te dije?

—Sí, tranquila.

—Bien, pues vamos allá.

No sé qué me divierte más, si ver a Keyra dar saltitos como una niña pequeña cuando encuentra algo que le gusta, o verla echar en el carro cosas que no sirven para nada, y que según ella son para decorar. La mañana se me pasa en un abrir y cerrar de ojos, y antes de darme cuenta es la hora de comer. Comemos en el restaurante del centro comercial antes de marcharnos a casa. El servicio de reparto a domicilio nos informa que nos lo llevarán al día siguiente, así que soy afortunado por dos razones. Primero porque mañana reclutaré a Marc y Cris para montarlos, y segundo porque tengo toda la tarde para saborear a mi chica a placer.

En cuanto llegamos al apartamento, tiro las llaves sobre la encimera de la cocina y la atraigo hacia mi cuerpo. Ella se ríe, pero se deja hacer encantada. Por extraño que parezca hoy no quiero juegos, solo la quiero a ella.

Después de pasar toda la mañana de aquí para allá, lleno la enorme bañera de agua caliente y espuma, me desnudo y me meto en ella. El calor relaja mis músculos, y con una sonrisa perezosa la llamo. Ella se asoma al quicio de la puerta y levanta una ceja, interrogante.

—¿Te preparas un baño de espuma y no me invitas? —bromea.

—¿Y para qué te crees que te he llamado? Ven aquí.

Ella obedece en el acto. Se desnuda por completo ante mi hambrienta mirada y se sienta entre mis muslos, de tal forma que su delicioso trasero roza peligrosamente mi erección.

—¿Ya estás así? —pregunta sorprendida.

—Tú tienes la culpa. No puedes desnudarte de esa forma delante de mí sin que haya consecuencias, nena.

Tras un suspiro, apoya la espalda en mi pecho y cierra los ojos, relajada. Yo me entretengo en besar su cuello, su hombro, su oreja...

—Nathan...

—¿Mmm?

—Eres perverso.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Granuja... sabes bien por qué.

—Nunca lo hemos hecho en la bañera... ¿O sí?

—Creo que no.

—Pues es hora de estrenarla.

Entierro mi mano bajo el agua hasta encontrar el nido de rizos sedosos que se esconde entre sus piernas. Recorro su abertura hasta abrir sus labios lo suficiente como para encontrarme con su clítoris hinchado. Lo acaricio con suavidad, con movimientos circulares, y ella se arquea con un suspiro quedo.

Lánguida entre mis brazos... es así como la quiero. Lánguida y totalmente entregada al placer de mis caricias. Su mano sostiene mi mano invasora, y siento sus uñas clavarse en mi carne cuando el movimiento la acerca un punto más a la locura. Pero la quiero sobre mi polla cuando se corra, así que le doy la vuelta y la hago sentarse a horcajadas sobre mis piernas.

Su boca recorre la mía cuando mi miembro se adentra muy lentamente en su cuerpo. Inspira profundamente cuando estoy por completo en su interior, y comienza a moverse despacio, tan despacio que duele. Sus movimientos de cadera succionan mi polla una y otra vez, pero tan despacio que apenas llego a vislumbrar un ápice de placer. Sus pechos se bambolean frente a mi cara, y no puedo evitar atraparlos con mis labios y tirar de ellos con fuerza.

No puedo más... necesito estallar de una vez por todas. Aprieto sus caderas con mis manos en un intento de conseguir que aligere el ritmo, que se mueva con más ímpetu, y mi dulce Keyra no me decepciona. Los giros de su cadera van a volverme loco, consiguen hacerme salir casi por completo de ella para succionarme por entero un segundo después. Tengo la vista nublada... mi cuerpo tiembla recorrido por un escalofrío... y me corro cuando oigo mi nombre salir de sus labios al alcanzar el orgasmo.

Tres horas después esperamos a nuestros amigos en el restaurante. Después de la intensa sesión de sexo acuático dormimos lo suficiente para estar despejados, porque de lo contrario no aguantaríamos ni el primer asalto del combate que estoy seguro que vamos a presenciar.

Keyra está impresionante, como siempre. Se ha decantado por un vestido floreado y vaporoso de tirantes y unas sandalias de tacón. Se ponga lo que se ponga está preciosa. Cinco minutos después de sentarnos aparece Cristal, que está muy guapa también. Ella se ha decantado por un vestido de lycra negro y unos tacones de aguja. Ambas mujeres se saludan con una sonrisa y Cristal me da mi acostumbrado beso en los labios, cosa que me pilla desprevenido, pero al mirar a mi chica veo que sonrío como si no hubiera pasado nada.

—Cris me explicó que era una costumbre vuestra desde el instituto, así que... —aclara.

Sonrío antes de besarla a ella como es debido, y pido el vino, puesto que Marc llega tarde, para no perder la costumbre. Lo hace un cuarto de hora después, y trae del brazo a su encantadora muñeca de plástico.

La cara de Cris es un poema. Se bebe la copa de vino de un trago y lo mira echando fuego por los ojos.

—¿No puedes llegar a tiempo ni una puta vez? —le pregunta.

—Lo siento, Mary ha tenido un incidente y nos hemos retrasado.

—Si hubieses venido solo, eso no habría ocurrido —espeta Cris, claramente molesta.

—Nadie me dijo que no pudiese traer acompañante, ¿no es así?

—Chicos, por favor —interviene Keyra—. Tengamos la fiesta en paz.

Pedimos la cena y Keyra lleva todo el peso de la conversación. Reconozco que está haciendo un esfuerzo enorme, porque de todos es sabido que no traga a Marc, pero Cristal le cae bien y quiere echarle una mano.

En los postres, Cristal vuelve a abrir la boca por segunda vez... por desgracia.

—¿Y cuál ha sido ese incidente que os ha retrasado, Mary? ¿Te has roto una uña?

—¡No, qué va! Es que mi perrita *Molly* tiene el vientre suelto y he tenido que llevarla al veterinario de urgencias.

—¡Por amor de... —suspira Cristal.

—Cris... —la advierto.

—¿Sabéis qué? ¡Me marchó! Esto es absurdo. Muchísimas gracias por invitarme a cenar, chicos, pero es que no soporto a la *Barbie* oxigenada esta.

Dicho esto, se levanta de la mesa y, tras tirarle su copa de vino por encima a Marc, sale por la puerta del restaurante.

Keyra y yo salimos detrás de ella y la alcanzamos antes de que pida un taxi.

—¡Cris! ¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto cuando la alcanzo.

—¡Estoy harta, Nat! ¡Estoy harta de quererle y de ser transparente para él! Lo he intentado todo... ¡Hasta me he acostado con él cada vez que ha querido! Y míralo... sigue como siempre, de rubia en rubia y sin saber que existo.

—Ven aquí.

La abrazo contra mi pecho y el dique se rompe. Cristal llora hasta que no le quedan lágrimas arrojada por Keyra, que no se ha separado de su lado ni un instante. Una vez la tormenta amaina, se separa de mí y vuelve a mirar a la carretera.

—Debería coger un taxi —dice.

—¿Estás loca? Vamos, te llevamos a casa —contesto echándole el brazo por los hombros.

—No quiero fastidiaros la noche, de verdad.

—No seas tonta —interviene Keyra—, te llevamos a casa.

Recorremos el camino en silencio, Cris apoyada en el regazo de Keyra, que se ha sentado detrás para estar con ella, y yo pensando en que cuando me eche de nuevo a la cara a Marc me va a tener que dar unas cuantas explicaciones... Y esta vez no le voy a permitir sus evasivas.

Como cada vez que discuten, a Marc parece que se lo ha tragado la tierra. No contesta a mis mensajes, tiene el teléfono apagado, y ya ha cruzado el límite de mi paciencia.

Como hoy tengo turno de noche, a primera hora de la mañana me presento en el despacho de mi querido abogado dispuesto a encararle de una vez por todas. Su secretaria me dice que está reunido... ¡Y una mierda, reunido! Irrumpo en su despacho abriendo las puertas de par en par para encontrarlo follando con Mary sobre el escritorio.

—¡¿Pero qué coño... —exclama subiéndose los pantalones a toda prisa.

—Mary, cielo. Vístete y déjanos solos —digo sentándome en uno de los sillones.

—¿No puedes esperar, Nat? —pregunta él ofuscado— ¿Qué coño pasa?

—Las preguntas las haré yo... cuando ella se marche.

La pobre chica se viste a toda prisa y escapa por la puerta como alma que lleva el diablo. Mi hasta ahora amigo cierra la puerta y se vuelve hacia mí con los brazos cruzados.

—Te has pasado, colega —espeta.

—¿Yo? ¿En serio? ¿Y qué me dices de ti, imbécil?

Me levanto de mi asiento y me acerco a él, amenazante. Le saco unos buenos diez centímetros, así que puedo permitirme el lujo de hacerlo.

—Te acuestas con Cristal cada vez que se te antoja, y no solo la ignoras, sino que no te cortas en restregarle tus conquistas por las narices. ¿Es que eres gilipollas?

—¡Solo han sido polvos, no tiene importancia!

—¿Que no tiene importancia? ¿En serio? ¡Es nuestra amiga desde el instituto! ¿Acaso has visto que yo me haya acostado con ella?

—Pues no, pero...

—¡No, joder, no! ¡Porque la quiero y no la cagaría de esa manera! ¡Si no sientes nada por ella, ¿por qué cojones tuviste que meterte entre sus piernas?!

—¡Yo la quiero, maldita sea! ¡La quiero tanto que duele!

—¡¿Y por qué cojones te comportas como un auténtico capullo?!

—¡Porque no quiero perderla! ¿De acuerdo? No quiero tener una relación con ella y perderla cuando se acabe.

—Tú eres tonto, en serio. ¿Y qué crees que estás consiguiendo comportándote así? ¿Que seáis súper amigos? Ya la estás perdiendo, Marc. La estás perdiendo y no voy a ser yo quien te ayude a recuperarla.

—¡Pero Nathan!

—Si quieres tener a Cristal en tu vida más vale que vayas en serio, tío, porque no te voy a consentir que vuelvas a hacerle daño.

Dicho esto, salgo por la puerta sin esperar una respuesta. Conduzco hasta casa de Cris, quiero saber si se encuentra mejor después de lo de anoche. Como tengo llave de su casa, entro sin llamar... para encontrarme a mi novia y a mi mejor amiga llorando a moco tendido enterradas entre kilos de helado.

—Eh... no era esto lo que esperaba encontrarme.

—Ven aquí, Nat —dice Cris haciendo hueco entre las dos—. Haznos un poco de compañía.

Me acerco a ellas y, tras besarlas, me acomodo entre ellas en el sofá, quitándole a mi chica el helado de las manos.

—Sois unas egoístas. Podíais haberme llamado.

—Era una charla de chicas, cariño —dice Keyra—. Están prohibidos los hombres.

Escucharla pronunciar el apelativo cariñoso me arranca una sonrisa.

—¿Y esa charla ha terminado ya? —pregunto.

—¡Oh, hace horas! —dice Cris—. Estábamos viendo una película de las mías.

—¡Joder, nena! ¿Tú también lloras con sus películas moñas?

—Lo siento por ti, pero... quizás incluso más que ella.

—Se acabó —digo levantándome—. Mover esos dos bonitos traseros que os invito a comer.

—Lo siento, Nat, pero yo no puedo ir —dice Cris—. Tengo que arreglar unos asuntos del club.

—¿Y no pueden esperar? —pregunta mi chica— ¡Anda, vente!

—Imposible. Pero gracias por la invitación. Vamos, marchaos ya. En serio, Nat, estoy bien.

—¿Segura?

—Muy segura. No te preocupes.

Cuando salimos de casa de Cristal, mi móvil empieza a sonar. El tono inconfundible de mi hermana... que siempre es de lo más oportuna.

—Hola peque. ¿Qué tal va todo?

—¿Dónde estás?

—Pues Keyra y yo íbamos a salir a comer. ¿Por qué?

—Venid a comer a casa. Quiero que conozcáis a alguien.

—¿Al hombre que se escabulle a hurtadillas en la mañana?

—Sí, pesado. A ese mismo.

—Está bien. En una hora estamos allí.

Cuando cuelgo el teléfono, Keyra me mira con una ceja arqueada.

—¿Una hora? Tu hermana vive a quince minutos de aquí.

—He pensado que quizás quieras cambiarte. Tienes una mancha de chocolate en el escote.

—¡Nathan! ¿Por qué no me lo has dicho?

—Acabo de decírtelo.

—No me la veo —dice examinando su vestido a conciencia.

—Después te enseño dónde está. Vámonos o llegaremos tarde.

Cuando llegamos al piso de mi chica, ella se deshace del vestido en cuanto cruza el umbral.

—¡Nathan, no tengo ninguna mancha!

—¿Cómo que no? Está justo... aquí.

Me acerco a ella y paso la lengua por sus pechos, sobre el encaje de su sujetador. Ella se ríe y me aparta antes de salir a correr hacia el baño.

—Eres un depravado. Tengo que ducharme. Si quieres un polvo... acompáñame.

No me lo tiene que decir dos veces. Mi ropa queda esparcida por el salón mientras la sigo al cuarto de baño. Ella ya está metida bajo el chorro de agua, enjuagándose el jabón del pelo. Cuando quiere es muy rápida...

Me coloco detrás de ella y cierro la mampara antes de atacar su cuello. Me recreo en él, y mis manos acarician sus pechos, atrapando los pezones entre mis dedos. Ella echa la cabeza hacia atrás y sujeta mi culo con sus manos, atrapando mi erección entre sus glúteos. ¡Joder! Si sigue con ese movimiento va a conseguir que me corra.

Me sorprende dándose la vuelta y arrodillándose frente a mí. La muy descarada me arranca un gemido cuando se lame los labios mirando mi erección, y siento que voy a morir e ir al cielo cuando se introduce mi miembro entero en su boca. Agarrándolo de la base, se ayuda para succionarlo una y otra vez, cada vez más deprisa. Siento su lengua deslizarse por toda la superficie de mi polla, y sus dientes acariciar suavemente la punta. Sigue chupando, mordiendo, succionándome hasta que con un gemido me aparto de ella y vierto mi simiente en la pared enlosada.

—¡Joder, nena! —Susurro antes de levantarla del suelo y comérmela a besos.

—Parece que le ha gustado, señor O'Connor...

—Oh, sí... Sin duda, señorita Martin. Pero le aseguro que me hubiese gustado mucho más si me hubieses dejado correrme dentro de ti...

—¿Y quién ha dicho que no vaya a dejarle? ¿O tiene tan poco aguante que no le va a dar tiempo recuperarse?

—Serás...

La aprisiono contra la pared y sujeto sus muñecas con una de mis manos.

—A ver si tienes ganas de bromear ahora, gatita.

Entierro mi mano entre sus pliegues y la torturo con caricias lentas en su clitoris y embestidas de mis dedos. Ella grita, se retuerce intentando soltarse, pero no va a conseguirlo. Sustituyo mi mano por el chorro de agua de la ducha, que impacta directamente sobre su clitoris hinchado, y el orgasmo la recorre como un rayo, dejándola laxa, y con una sonrisa de oreja a oreja.

Ya estoy de nuevo duro y excitado, así que la cojo en brazos y me empalo en ella hasta el fondo. Mis embestidas son duras, y sus movimientos no se quedan atrás. Es un polvo salvaje, sexy, que nos lleva a la locura en un abrir y cerrar de ojos.

Mientras recupero la cordura, Keyra me besa dulcemente la mejilla y me dice las dos únicas palabras que me faltaban.

—Te quiero.

Capítulo 9

Respiro hondo al parar el coche en la puerta de la casa de mi hermana. Bien... vamos allá. Si ha decidido presentarme al hombre con el que sale, es porque su relación va más allá de un polvo ocasional, al menos para ella.

Su matrimonio fue un puto desastre desde el principio. El gilipollas de su ex marido la engañaba con otras mujeres, y no se escondía para hacerlo. Incluso lo hizo el día de la boda. Mientras todos celebrábamos el enlace, él se llevó a una de las damas de honor de mi hermana a la parte de atrás de la casa y se la tiró. Mi hermana me mandó a buscarle, y por desgracia le encontré en plena acción, follando como conejos en celo. Ni que decir tiene que le di una paliza, pero mi hermana no quiso atender a razones y continuó casada con él.

Livy creyó que con la llegada de los niños la cosa cambiaría... Pero ese desgraciado no es capaz de tener la polla metida dentro de los pantalones, así que al final mi hermana pidió el divorcio, cansada de infidelidades, mentiras... y de intentarlo.

Keyra me aprieta la mano, devolviéndome a la realidad. Tras sonreírle, nos bajamos del coche y nos dirigimos a la casa. Nos abre una puerta una Livy un poco nerviosa... y espectacular. Ha elegido para la ocasión un vestido de gasa rojo, a juego con sus labios, y está preciosa.

—¡Pero mírate! —digo haciéndola dar una vuelta— ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana?

—No seas imbécil, Nat —contesta besando a Keyra—. No sé cómo le aguantas.

—Con mucha paciencia... ya sabes —responde la aludida.

—Vamos, pasad al salón. Chris aún tardará media hora en llegar.

—¿No está aquí? —pregunto sorprendido.

—No, quería que estuvieses aquí cuando él llegara. Estoy muy nerviosa, Nat.

—¡Menuda tontería!

—¿Nerviosa, Livy? —pregunta Keyra— ¿Por qué?

—Veréis... es que él no sabe que comeréis con nosotros.

—¡Livy! —la reprendo.

—¡Lo sé, lo sé! Pero es que no sabía si iba a querer, y necesito que le conozcas.

—Tranquila —dice mi chica cogiéndole la mano—, todo saldrá bien.

Quince minutos después suena el timbre de la puerta. Mi hermana se levanta nerviosa, y se demora un poco en la entrada con su chico. La verdad es que no le vi demasiado bien aquella vez, pero cuando entra en el salón debo reconocer que mi hermana tiene buen gusto. Moreno, ojos castaños, musculoso y guapo. Sí, los tíos somos demasiado machotes para reconocerlo, pero también sabemos cuándo un tío es guapo.

Él se acerca con una sonrisa y extiende su mano hacia mí.

—Tú debes de ser Nathan. Encantado de conocerte, soy Christian.

—Bienvenido a la familia, tío. Sé que llevas poco tiempo saliendo con mi hermana, y no creo que se te haya pasado siquiera por la cabeza, pero si le haces daño, por ínfimo que sea, te juro que te perseguiré por los confines del planeta hasta dar contigo y hacerte morder el polvo.

Keyra y Livy se miran y se echan a reír a carcajadas. Chris se ha quedado paralizado en el sitio, mirando a una y a otra sin comprender.

—Son las mismas palabras que tu chica me dijo a mí el día que me conoció —aclara Keyra—. Soy Keyra, la novia de Nathan.

—¡Uf, menos mal! Por un momento no sabía si me estabais gastando una broma o riéndoos de mí.

La comida pasa en un abrir y cerrar de ojos. Chris es un tipo divertido, y no hace falta ser muy observador para darse cuenta de que bebe los vientos por mi pequeña. Me marcho tranquilo, sabiendo que Livy estará a salvo con él... de momento.

Dejo a Keyra en su casa para que se cambie y se vaya a trabajar, y me dirijo a mi piso para imitarla. Dos horas después estoy frente a una mesa de operaciones, el

lugar donde más consigo relajarme. Mi trabajo es una de las cosas que más me gusta en esta vida, trabajé muy duro para poder pagarme la carrera, y ahora siento que hice lo correcto.

Estar en un quirófano es mejor que cualquier droga. En cuanto me sitúo delante de la mesa de operaciones, en cuanto mi bisturí entra en contacto con la carne del paciente, la adrenalina corre por mis venas, haciéndome sentir el rey del mundo.

Mi paciente tiene un hematoma subdural en la zona del cerebro que se encarga del habla y del movimiento, debido a un accidente de tráfico. Es una operación complicada, pero debemos operarle a la mayor brevedad.

Al apartar la duramadre descubro que el tumor es mucho mayor de lo que esperábamos en un principio. Tardo horas en separar el tumor del cerebro del paciente, y cuando ya lo he eliminado por completo suspiro por fin.

—Bien, chicos. Esto ya está. Voy a coser la duramadre.

Cuando mi aguja entra en contacto con la débil capa, veo que los ojos del paciente vibran. ¡Joder! ¿Acaso el anestesista no ha puesto suficiente anestesia?

—Josh, el paciente se está despertando —no obtengo respuesta—. Josh... ¡Joder Josh!

¿Qué cojones... ¡El puto anestesista está frito! En ese momento el paciente abre los ojos por completo, y sufre un paro cardíaco debido al intenso dolor. Intento reanimarle, pero todo lo que hago es inútil.

—¡Carga las palas! ¡A trescientos!

La vida de mi paciente se escapa ante mis ojos sin que pueda hacer nada.

—¡Joder! Hora de la muerte... ocho y treinta y seis.

Levanto al maldito anestesista de su asiento y lo estampo contra la pared. Su aliento a whisky barato inunda mis fosas nasales, enfureciéndome más si cabe.

—¡En qué coño pensabas! ¡Has matado al paciente, gilipollas! ¡te voy a dejar sin licencia, ¿me oyes?!

—Doctor O'Connor —Samuel, mi interno, me aparta del anestesista—. Esta no es forma de arreglarlo.

Inspiro profundamente un par de veces para intentar tranquilizarme.

—Tienes razón... Hay otra forma mejor.

Agarro a Josh de la camiseta y le arrastro hasta el despacho de Keyra. Ella está sentada en su mesa, escribiendo en su ordenador, y da un salto cuando la puerta se estampa contra la pared.

—Aquí tienes al responsable de las negligencias. Acaba de matar a mi paciente.

Dicho esto, salgo de allí para encararme a la familia del fallecido. No pienso poner en evidencia al hospital descubriendo el motivo de la muerte de mi paciente, y eso va a reconcomerme de por vida.

Me lavo y me acerco a la sala de espera. ¡Joder! ¡Ese hombre solo tenía veinticinco años! Volvía a casa de trabajar y un camión se lo llevó por delante. Nada ha sido culpa suya... podía haberlo salvado, y por culpa de un descerebrado ahora tengo que acercarme a esa esposa, que tiene un bebé de un año dormido en el carrito, y decirle que su vida se ha ido a la mierda.

—Señora Mathew...

—¡Doctor! ¿Cómo está mi marido?

—Verá... El hematoma era mayor de lo que mostraba el TAC, y hubo complicaciones.

—¡Dios mío!

—Hicimos todo lo que pudimos... Lo siento.

La esposa del fallecido se deja caer al suelo mientras las lágrimas corren por sus mejillas y la negación escapa de sus labios, y yo me siento impotente... y culpable.

Keyra entra en mi despacho media hora después. No hacen falta las palabras, mi chica se sienta sobre mis piernas y me abraza con fuerza. Suspiro y me quedo enterrado en su pecho lo que me parecen horas, sin decir nada, tan solo sintiendo sus manos acariciar mi espalda.

—¿Estás mejor? —pregunta.

Yo asiento y la beso en los labios antes de echar la cabeza en el respaldo de mi silla y cerrar los ojos.

—Ha sido culpa mía. Debería haberme dado cuenta de que estaba borracho.

—Tú no eres responsables de los actos de los demás, Nathan. Serena sí es culpable, porque la avisaron e hizo oídos sordos, pero tú no eres adivino.

—No sé, nena...

—No quiero oír ni una palabra más. Josh ha sido suspendido y no podrá volver a ejercer en lo que le resta de vida. Me encargaré de que pague por sus negligencias.

—¿Sabes? Me encanta cuando te pones en plan dominante... Así será mucho más placentero atarte cuando llegemos a casa.

—Estoy deseándolo, señor O'Connor... contaré las horas.

Uno mis labios a los suyos y me recreo en ellos todo lo que puedo. Pero el trabajo no se para porque yo haya perdido a un paciente, y tengo que operar a un recién nacido.

—Debo irme, tengo otra operación —digo al romper el beso.

—¿Seguro que estás bien?

—Tranquila... no es el primer paciente que muere en mi mesa.

—Pero sí el primero que lo hace por una negligencia. Nat, si ves que no puedes hablaré con tu jefe y...

—Cariño, de verdad estoy bien. Además, ese bebé me necesita. Tengo que liberar su pequeño cerebro de la presión.

—De acuerdo, pero si necesitas...

—Lo sé, tranquila. Si lo necesito, te llamaré.

Mi chica se cuelga a mi cuello y vuelve a besarme. Sentir su cuerpo pegarse al mío despierta mi libido, pero la escondo en lo más profundo de mi alma para ponerla en marcha cuando la tenga desnuda en mi cama.

—Nos vemos luego, preciosa. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Aparte de la operación del bebé, el resto de la noche pasa sin muchos incidentes, y puedo dormir un poco en una de las salas de descanso. Por la mañana, vuelvo a casa. Keyra me sigue con su coche, que destaca entre el tráfico como un oasis en medio del desierto.

En cuanto nos subimos al ascensor, la aprisiono en la esquina, y la alzo en brazos para acariciar su culo bajo la tela de la falda.

—Llevo deseándote horas, nena... no puedo aguantar mucho más.

La campana del ascensor nos saca de nuestro mundo de estupor. La arrastro literalmente hasta la puerta de mi apartamento, y cierro de un portazo antes de volver a alzarla en mis brazos para sentarla a la isla de la cocina.

—Este va a ser rápido, nena...

Me empalo en ella hasta el fondo, y ella gime dejando caer la cabeza hacia atrás. Comiendo a embestirla con fuerza, llevado por la marea de lujuria que corre por mis venas. Sus gemidos me encienden, sus uñas clavándose en mi espalda me llevan a la locura, y con un grito ahogado mi chica llega al orgasmo, arrastrándome con ella en un par de estocadas más.

Vuelvo a alzarla en brazos para llevarla al dormitorio. La desnudo lentamente, y le pongo un antifaz, unas abrazaderas en las muñecas... y un correa de raso en el cuello. No pude resistirme, en cuanto la vi supe que podía darle un muy buen uso con Keyra. La llevo hasta la puerta de mi dormitorio, donde coloqué dos argollas en las que ato las abrazaderas, dejándola desorientada y a mi merced.

Recorro su piel con las yemas de los dedos desde la parte de atrás. Ella se estremece, pero permanece callada y expectante. Fuera de la cama puede ser una leona,

pero aquí es mía... solo mía. Mis caricias avanzan hacia su sexo, cubierto por las braguitas, y paso las manos por él una y otra vez, tentándola pero sin profundizar en mis caricias.

Paso la correa de raso por su rajita, y tiro con fuerza hacia atrás, rozando sin compasión su clítoris. Ella gime recorrida por el placer, pero me limito a enganchar el final de la correa en su sujetador, dejando su sexo dividido en dos por ella.

Me aparto de su lado, y tras desnudarme, me siento en el sillón a observarla. Keyra se relame los labios, esperando la siguiente caricia, y con cada movimiento de sus piernas la correa roza su clítoris haciéndola estremecer. Pronto la paciencia de mi chica queda relegada en el olvido, y menea sus caderas para sentir el roce del raso en su sexo, hinchado y húmedo. Los gemidos quedos llenan la habitación, y me agarro la polla en un intento de refrenar el ansia de enterrarme en ella de nuevo. El orgasmo de Keyra llega acompañado por un grito, y la desato para poder seguir con nuestro juego.

A pesar de estar temblando, ella se abalanza sobre mis labios para besarme con lujuria, una lujuria desconocida en ella. Le ato las manos a la espalda y me siento en el sofá, con ella de rodillas junto a mí. Mi chica no se hace de rogar, y se introduce mi miembro en la boca hasta el fondo. Chupa, lame mi polla como si se tratase de un delicioso helado, y mi mano exploradora vaga hasta la abertura de su sexo, para introducir dos dedos en esa vagina que tantas veces me ha llevado a la locura.

Mis movimientos se acompañan con las succiones de su boca, pero no puedo permitir este juego mucho tiempo, así que la levanto de mi regazo y la obligo a sentarse a horcajadas sobre mi erección. Sus caderas comienzan un movimiento frenético deslizándola sobre mi polla hinchada, y sus preciosos pechos quedan a la altura perfecta para morderlos sin compasión. El sudor transpira nuestros cuerpos, el hambre reflejada en los ojos de Keyra es una reproducción exacta del que se debe reflejar en los míos, porque nunca tengo suficiente de ella.

La tumbo en el sillón de espaldas a mí y me introduzco en ella de nuevo, para poder moverme a mi antojo. Mis embestidas se entremezclan con las caricias de mis dedos en su clítoris. Ella grita, se convulsiona y llega al orgasmo, pero aún necesito más. Mis embestidas se vuelven frenéticas, desesperadas. Mi polla choca con la parte alta de su pubis, como si quisiera llegar hasta el fondo de su alma. Nuestros cuerpos se fusionan en una vorágine de placer, y el orgasmo me arrasa junto antes de que ella vuelva a rozar el Nirvana ayudada de mis dedos.

Cuando la tormenta amaina, pedimos comida china y nos damos una ducha para deshacernos del sudor y los restos de la pasión.

Ver a Keyra sentada en mi sofá con una de mis camisetas me hace querer más, mucho más de esta relación. Me acerco a ella para besarla, para entregarle mi alma en ese beso, y cuando me separo de ella una pregunta llena el aire de la habitación.

—¿Por qué no te vienes a vivir conmigo?

—Nat, es demasiado pronto. Apenas llevamos un mes saliendo. ¿No crees que es excesivo?

—¿Por qué? Te quiero. Estamos bien. ¿Para qué esperar?

—Quizás para averiguar si somos compatibles, para saber si sería una buena idea irnos a vivir juntos.

—¿Y qué mejor manera de averiguarlo que compartiendo casa, nena?

—¿Qué prisa tienes? ¿No es suficiente lo que tenemos?

—No sé, es que siento que aún no estás del todo convencida con esta relación.

—Y no lo estoy. Pero es lo normal, Nat. Tenemos que conocernos más para poder plantearnos dar ese paso tan grande.

—Está bien, pero quiero concesiones.

—¿A qué te refieres?

—Quiero cosas tuyas en mi casa... y cosas mías en la tuya. No sé... Un cepillo de dientes, algo de ropa, unas braguitas mezcladas con mis bóxers... cosas así.

—Está bien, eso te lo concedo. Mañana traeré algunas cosas y llevaremos algunas tuyas a mi casa. ¿Te parece bien?

—No es lo que esperaba, pero me conformaré.

Capítulo 10

Ayer me trajeron los muebles, y llevamos dos días intentando montarlos. Al menos mis amigos han accedido a ayudarme, e incluso mi hermana y mi cuñado... así que esta noche habremos terminado y cenaremos todos juntos para celebrarlo.

Keyra sigue con su idea de intentar que Cris y Marc se reconcilien esta noche... aunque dudo mucho que lo consiga. Desde la última vez no se hablan, y Marc no ha vuelto a hablar del tema... muy típico de él. Está callado, demasiado callado para ser él, pero no ha hecho nada por arreglar la catástrofe. Eso sí... no se le ha vuelto a ver ninguna rubia cogida del brazo, ni aparecer por el club.

Observo a mi chica, que se está peleando con una bolsita de tornillos y arandelas.

—¿Qué haces? —pregunto riendo.

—Esta bolsa me sobra. ¿Cómo puede sobrarme? Algo no he hecho bien, Nat. Esto de montar muebles no es lo mío.

—¿Y de quién fue la idea de ir a IKEA?

—Fue divertido —protesta con los brazos cruzados.

—Mucho. Anda... déjame ver.

Me acerco a ella gateando, pero en vez de ocuparme del maldito mueble la tumbo en la alfombra de angora, esa que ella quería tener, y la aprisiono bajo mi cuerpo.

—Creo que será mejor que hagamos un descanso, ¿no te parece? —pregunto antes de besarla.

—Yo también lo creo. Hoy nos han dejado solos ante el peligro... y este trabajo es muy estresante.

—Cierto... Además, tenemos que estrenar esta suave alfombra, ¿no crees?

—Por supuesto... Sería una pena que no sirviera para nuestros propósitos...

Un beso nos lleva a otro... y otro más. No puedo parar de tocarla, de besarla... de saborearla. Mi dulce Keyra es un bocado de lo más apetecible, siempre dispuesta, siempre receptiva. La desnudo de cintura para arriba antes de comenzar mi festín. Mis labios resbalan por su cuello hasta encontrar el valle entre sus senos. Esas dos montañas deliciosas me dan la bienvenida con dos crestas enhiestas y rosadas, que no me demoro en saborear. Miel y canela. Si tuviese que describir el sabor de la piel de mi chica sería miel y canela. Dulce, caliente... pero a su vez exótica y sensual.

Continúo mis andanzas por su cuerpo bajando hasta su ombligo, donde me recreo un poco, a sabiendas de que es uno de sus puntos más sensibles. Su cintura se arquea en busca del tacto de mis caricias, pero aún queda mucho, mucho tiempo por delante antes de que lleguemos al final del juego. Me deshago de sus pantaloncitos cortos en un santiamén, pero aún conservo esas braguitas de raso que tan bien se amoldan a su figura.

—Mmm... deliciosa —ronroneo.

Ella permanece callada, pero me mira con una sonrisa traviesa en los labios y una invitación en su mirada. Beso su sexo sin apartar la tela, y ella cierra los ojos para disfrutar de lo que vendrá después.

—¿Qué quieres, mi dulce sumisa?

—Hazme el amor, Nat... No puedo esperar más.

Cojo del suelo una de las muchas bridas que venían dentro de las cajas, y ato sus manos juntas, sobre su cabeza. Ella levanta la cabeza con la intención de atrapar mi boca, pero cuando está a un suspiro de alcanzarla, me separo de ella lo suficiente para que no consiga su objetivo.

—Bésame...

Su petición me provoca, me vuelve loco, pero no estoy dispuesto a que ella lleve el control de la situación, así que me acerco de nuevo hasta sus labios.

—Aquí mando yo —le susurro—. Te besaré cuando me dé la gana, no cuando tú lo digas. ¿Queda claro?

—Sí... señor.

De un tirón me deshago de las bragas y dejo su sexo expuesto. Me abro la cremallera de los vaqueros y de una sola embestida me empalo en ella hasta el fondo, sin

preliminares, sin pensar. Su sexo está mojado, y mi polla resbala dentro y fuera de ella con frenesí.

—¡Dios Nat! ¡Sí... joder sí!

Escucharla gritar mi nombre me enciende, y ver cómo sus manos luchan por escapar para apretar la carne de mi espalda me hace estremecer. La quiero, ¡joder! Estoy completamente enamorado de ella, y cada vez que estoy en su interior siento que todo va a salir bien. Ella es mi ancla, mi puerto seguro... pero aún no siento que nuestros cuerpos bailen al mismo ritmo.

Ese pensamiento me trae de vuelta a la realidad como un jarro de agua fría. Mi miembro flácido sale de ella y me siento un auténtico gilipollas por haber estropeado un gran polvo con mis calentamientos de cabeza.

—¿Nat? ¿Qué ocurre?

Sonrí al percatarme de que Keyra se ha dado cuenta de que algo pasa, me pongo la máscara de amante seductor y bajo mi cuerpo hasta su sexo para hacerla disfrutar. Lamo su clitoris despacio, acompaño los movimientos de mi lengua con embestidas de mis dedos en su sexo, y poco a poco mi chica encuentra la liberación.

Necesito despejarme, necesito apartar de mi cabeza esas ideas macabras antes de cagarla con ella, así que la desato, la beso en los labios con una sonrisa forzada y voy a darme una ducha.

Diez minutos después, mi mente está despejada y reconozco que soy un auténtico gilipollas. Apenas llevamos un par de meses saliendo, ¿cómo demonios pretendo que ella esté completamente enamorada de mí? Ni siquiera sé si ha tenido alguna experiencia traumática con el sexo opuesto, o si es demasiado pronto para ella. Solo he pensado en lo que yo quiero, en lo que yo necesito, ¿pero qué es lo que necesita ella?

La encuentro sentada en el sofá con unas braguitas y la camiseta que llevaba puesta antes. Su cara denota una tristeza que me encoje el corazón, y el brillo de las lágrimas no derramadas en sus ojos me atenaza el alma. Me siento a su lado y la abrazo a mi cuerpo.

—Nena, ¿qué te ocurre?

—¿Qué ha pasado, Nat?

—Nada, cariño. ¿Qué va a pasar?

—He tenido la sensación de que ha sido un polvo por obligación. He sentido que no querías estar conmigo.

—¿Qué tonterías son esas? Nena, he llegado antes de lo que esperaba y me he sentido mal porque tú no lo habías hecho conmigo. Nada más.

—¿Seguro?

—Seguro. No te preocupes, ¿de acuerdo? Todo está bien. Estamos bien. ¿De dónde han salido esas bragas?

—Quería darte una sorpresa. Una de las cajas que traje no era de la tienda, sino de mi casa —se acerca a una caja y la abre—. Son mis cosas. Las cosas que quiero tener aquí. No quiero que pienses que no estoy implicada en nuestra relación, Nat. Porque no es así. Solo tengo miedo. Eso es todo.

—De acuerdo. No pasa nada. Anda, ve a ducharte. Yo recogeré todo esto y pediré la cena. Aunque les hayamos invitado a cenar a todos no pienso cocinar, y no voy a permitir que tú lo hagas tampoco.

—¿Y qué vas a pedir?

—¿Qué prefieres?

—Pizza. Me apetece pizza.

—Muy bien, date prisa. Encargaré las pizzas y cuando te duches iremos al supermercado a comprar algunas cosas para picar.

Keyra desaparece por la puerta del baño y suspiro cansado. Tiene miedo de que no salga bien. Tiene miedo de intentarlo y que al final no seamos compatibles... pero, ¿cómo saberlo si no lo intentamos?

Se acerca la hora de la cena, y reconozco que me hace mucha gracia ver a mi chica hecha un manojo de nervios esperando que su plan funcione a la perfección. Sinceramente yo lo dudo, Marc es demasiado cabezota y demasiado capullo para reconocer que está enamorado de Cris.

Hemos comprado algunas latas de conservas para acompañar las pizzas, cerveza, refrescos y una tarta helada de postre. De tres chocolates, la debilidad de Keyra. Eso me recuerda que aún no la he embadurnado con chocolate líquido...

El timbre de la puerta me saca de mi ensimismamiento. Me vuelvo hacia ella, la beso en la mejilla y me dirijo a la puerta.

—Bien... vamos allá —susurra Keyra.

La cena pasa sin incidentes. Marc ha tenido la cordura de no traer a ninguna de sus amiguitas a la cena (de haberlo hecho estoy seguro de que Keyra le habría abierto la cabeza de un sartenazo), y aunque no se dirigen la palabra, parece que todos nos lo pasamos bien.

Mi hermana y Christian se marchan después de la primera copa, y nos quedamos Marc, Cristal, Keyra y yo. Bien... ahora o nunca, chicos... Demostradme que sois civilizados.

—Vale, ahora que estamos solos... ¿Qué cojones os pasa a vosotros dos?

Mi pregunta sobresalta a Cristal, pero Marc bebe de su copa tan tranquilo como siempre.

—¿Acaso tiene que pasar algo? —pregunta.

—Dímelo tú, Marc —interviene Cris—. ¿Qué nos pasa? Te acuestas conmigo cada vez que se te antoja y al día siguiente actúas como si no hubiera pasado nada. No se te ha ocurrido hablar conmigo sobre lo ocurrido, y pasas de mí como de la mierda. Repito, ¿Qué nos pasa?

—Solo es sexo. No le des mayor importancia.

—Así que solo sexo... Era tu mejor amiga, ¿y acostarte conmigo es solo sexo? Cojonudo.

Cristal se levanta con intención de marcharse, pero me planto delante de la puerta para impedirle avanzar.

—Ah, no... de eso nada. De aquí no va a salir ni Dios hasta que este tema quede resuelto. Estoy hasta los cojones que mis dos mejores amigos se pasen el día discutiendo cuando yo sé que no podéis vivir el uno sin el otro.

—¡Marc solo necesita un coño donde meterla en caliente! Marc no me necesita en absoluto.

—¿Y tú qué coño sabes, Cris? —responde el aludido— ¿Acaso alguna vez me has tratado como tratas a Nat? ¿Alguna vez te has parado a pensar lo que yo podía sentir cuando le abrazabas, o le besabas en la puta boca?

—¡Por fin! —susurra Keyra a mi lado.

—¡Es mi amigo! ¿Acaso no lo he dejado claro en miles de ocasiones? ¿Nunca te has parado a pensar por qué a ti no te trataba de forma tan familiar? ¡No lo hacía porque estoy enamorada de ti, imbécil arrogante! ¡No lo hacía porque tenía miedo de que me rechazaras!

—¿¿Acaso crees que soy adivino?! ¿Cómo quieres que sepa que estás enamorada de mí si no me dices nada?

—¡Te quiero, gilipollas! Te quiero tanto que duele. Te quiero tanto que con solo una sonrisa me alegras el día. Te quiero tanto que el día que nos acostamos juntos el mundo me sonrío. ¿Te ha quedado lo suficientemente claro?

—¡Maldita sea, Cris! Llevo desde los dieciséis enamorado como un gilipollas de ti, creyendo que estabas enamorada de Nathan. Llevo años muriendo por dentro cada vez que le abrazabas, cada vez que le sonrías. Me he dedicado a ir de mujer en mujer para olvidarte, intentando que fueran lo más diferentes a ti como fuera posible. ¡¿Por qué cojones no me lo has dicho antes?!

—No quería perder tu amistad. No quería perder lo único que tenía contigo.

—Joder, nena... Ven aquí.

Marc la rodea con sus brazos y la besa... por fin. Keyra y yo desaparecemos por la puerta de forma disimulada, dejando a la parejita resolver sus problemas de la mejor manera posible: en la cama. Nosotros vamos al piso de mi chica... a realizar nuestras propias fantasías.

Capítulo 11

Tras la reconciliación de Marc y Cristal nos invade la calma. Debería estar agradecido, pero algo en mi interior me dice que esta calma es el preludio de una gran tormenta, que estoy en el ojo del huracán y que en cualquier momento se va a desatar el Infierno.

Hace dos semanas que apenas veo a Keyra. Como el caso de negligencia se ha resuelto, ella ha vuelto a su rutina, y apenas aparece por la parte del hospital donde yo me muevo. En los descansos en los que coincidimos nos vemos a veces, vamos al cine o a cenar, pero a la hora de la verdad siempre tiene alguna excusa para no quedarse a dormir la mayor parte de las veces.

Me siento frustrado... jodidamente frustrado. Necesito estar con ella, necesito que todo vuelva a ser como antes, pero he de reconocer que no siempre se puede tener lo que se quiere, mucho menos cuando ambos trabajamos la mayor parte del día.

Hoy tengo un par de horas libres antes de mi próxima operación. Debería dormir, debería prepararme para ella, pero lo único que quiero es ver a Keyra, tenerla entre mis brazos y no soltarla jamás. Al entrar en su despacho la descubro con el ceño fruncido repasando unos documentos, pero en cuanto ve que soy yo los esconde debajo de un montón de papeles.

—Hola, cariño, tenía ganas de verte —digo antes de levantarla de su asiento y darle un beso.

—¿Estás libre? —pregunta rígida.

—Eh... sí. Tengo dos horas libres antes de mi próxima operación. ¿Ocurre algo, nena? Te noto rara.

—No, no ocurre nada. Estoy muy cansada, eso es todo. Ahora estoy en un caso que me está dando dolores de cabeza, nada más.

—Anda, ven.

Me acomodo en el respaldo del sofá y hago que ella se siente entre mis piernas. Desabrocho su camisa con cuidado y la bajo hasta que queda enredada entre sus codos.

—Nathan, no...

—Shh... Relájate.

Comienzo a masajear sus hombros con cuidado, deshaciendo los nódulos de tensión que se han formado bajo su piel. Ella gime y echa la cabeza hacia delante para darme mejor acceso. Se nota que algo no va bien, pues normalmente ya me tendría tumbado en el suelo y estaría encima de mí, pero no voy a insistir más. Ya me lo contará cuando se sienta preparada.

Sustituyo mis manos por mi boca, para recorrer la base de su cuello como a ella tanto le gusta, pero Keyra se aparta y se recompone la ropa ante mi mirada de alucine.

—Nathan, no tengo tiempo, en serio. Tengo que trabajar.

—Está bien, lo siento. —Me acerco a ella y la abrazo por la cintura— ¿Qué te parece si esta noche salimos a cenar? Me han hablado de un nuevo restaurante hindú que está muy bien.

—Vale, me parece bien.

—¿A qué hora sales hoy?

—A las siete. Hoy me retrasaré un poco porque tengo que terminar unos informes.

—Nos vemos a las ocho entonces. Reservaré para las ocho y media.

—Muy bien.

Keyra me sonríe, pero es una sonrisa que no llega a sus ojos. Me estoy preocupando, no me gusta ignorar lo que está pasando para que se muestre tan fría.

La beso en los labios como siempre, demorándome lo suficiente para arrancarle un gemido.

—Te quiero, nena. No lo olvides.

Keyra vuelve a sonreír, pero no contesta. Creo que empiezo a salir del ojo del huracán. Creo que ya empieza la tormenta.

A las ocho estoy parado frente a la casa de mi chica. Espero que pase lo que pase todo vuelva a la normalidad en cuanto esta noche le haga el amor. La necesito. Hace días que no hacemos el amor, y la necesito como necesito respirar.

Lo primero que llama mi atención cuando la veo aparecer es que tiene los ojos enrojecidos e hinchados, signos de que ha estado llorando. Me acerco a besarla, pero aparta la boca y el beso queda confinado en su mejilla.

—¿Seguro que estás bien, nena? ¿Has estado llorando?

—No, que va. Es que me ha caído un poco de jabón en los ojos y me escuecen muchísimo.

—Vamos al hospital y que te miren en un momento.

—No, no... Estoy bien, de verdad. Vayamos a cenar.

Durante la cena vislumbro de nuevo a mi Keyra, a esa mujer que me tiene enamorado desde la primera vez que la vi. Está relajada, ríe con facilidad y comienzo a pensar que todo ha sido una mala jugada de mi subconsciente. Cuando llegamos a su casa, entro detrás de ella y la aprisiono entre mis brazos.

—Dios, cariño. Te he echado tanto de menos...

—Yo también a ti, Nat. Hazme el amor... pero sin juegos. Solos tú y yo.

Así que mi gatita quiere sexo lento y seductor... He de reconocer que yo también lo necesito. Llevo mucho tiempo sin sentirla y no voy a perder el tiempo en juegos estúpidos. Desabrocho lentamente la cremallera de su vestido y lo dejo caer al suelo, ayudándolo con un roce de mis dedos por sus brazos. Su piel se eriza al primer contacto, sus ojos se cierran y su boca se entreabre buscando más oxígeno.

Mi boca aprovecha la ventaja para unirse a la suya, mi lengua entra en su cavidad para encontrarse con la suya, y comienzo a explorar cada recoveco. Su lengua se entrelaza con la mía, me provoca, me reta, y yo caigo rendido a sus encantos. Su cuerpo se pega al mío buscando mi calor, mi piel arde en contacto con la suya, y mis manos abarcan su espalda reclamando su propiedad.

Keyra es mía... total y absolutamente mía, de la misma manera que yo le pertenezco a ella. Sus dedos deshacen de los botones de mi camisa, y su boca comienza su exploración por mi cuerpo. Su lengua recorre mi piel, sus dientes muerden mis tetillas consiguiendo que la excitación llegue al límite, y dejo escapar todo el aire de mis pulmones cuando sus manos se deshacen de mi pantalón.

No quiero ir tan rápido, aún quiero explorarla a placer, así que la levanto en brazos y la llevo al dormitorio, donde la desnudo por completo y la tumbo en la cama. Me deshago de mi ropa y me tumbo junto a ella, y mi mano resbala por su pecho hasta encontrarse con uno de sus jugosos pezones. Hago círculos sobre él observando sus reacciones, y sustituyo el dedo por mi boca. La muerdo, succiono el pequeño botón hasta el límite una y otra vez. Ella se arquea, gime y me agarra, pero no paro mi asalto.

Con la mano acaricio los labios de su sexo, los aparto y dejo al descubierto su clítoris hinchado. Lo rozo una y otra vez con la yema de mi dedo, y a su vez chupo su pezón como si de una fruta madura se tratase. Keyra se retuerce entre mis manos, y el orgasmo la arrasa un segundo después.

—Ahora me toca a mí —susurra—. Déjame demostrarte lo mucho que te quiero.

Me tumbo con las manos apoyadas bajo la cabeza y la dejo hacer. Sus manos acarician mi pecho, mi estómago y mis piernas, y su boca llena de besos todo el recorrido. Debería excitarme, sentir su boca sobre mi piel, debería llevarme a la locura, pero esta veneración me está dejando un sabor agridulce en la boca del estómago.

Mis pensamientos quedan eclipsados cuando su boca me engulle hasta la empuñadura. ¡Joder, qué bien lo hace! Siento cómo su lengua juega con la punta de mi verga y sus dientes me arrancan un escalofrío. Keyra succiona mi polla una y otra vez, dejándome loco, acercándose más y más al orgasmo. Cuando siento que no puedo aguantar esta dulce tortura ni un segundo más, aparto su cabeza con cuidado e intento tumbarla en la cama, pero ella me lo impide.

—No... déjame a mí.

Keyra se monta a horcajadas sobre mi pelvis e introduce poco a poco mi miembro en su interior. Sonríe al darme cuenta de que parece una diosa ahí montada, cabalgándome hasta las puertas del paraíso como si no hubiera mañana.

Sus movimientos son lentos, lánguidos, y mi polla sale de ella casi por completo cada vez que se mueve para entrar hasta el fondo un segundo después. Apoya las manos en mi pecho para darse impulso, y yo aprovecho la cercanía para acariciarla, para pellizcar sus deliciosos pezones, mara morder esa boca que tanto placer es capaz de darme.

Necesito aumentar el ritmo, esta lentitud me está volviendo loco, y sé que a ella también. La tumbo sobre mi cuerpo y, agarrándola del trasero, comienzo a mecarme dentro de ella a un ritmo frenético, el ritmo que ambos necesitamos en ese momento. Ella grita, gime y me clava las uñas en los hombros cuando el orgasmo la arrasa, y yo la acompaño con un par de embestidas más.

Cuando la tormenta amaina, Keyra se tumba sobre mi pecho y suspira satisfecha. Acaricio su cabello hasta que el sueño me vence, pero antes de caer en los brazos de Morfeo la oigo susurrar.

—Nunca olvides, pase lo que pase, que te amo, Nathan O’Connor.

Me despierto solo en la enorme cama. El lado donde dormía Keyra ya está frío, señal de que hace bastante rato que se ha levantado. Me doy una ducha y me visto antes de salir a buscarla, sin éxito. Junto a la cafetera encuentro un sobre con mi nombre. Un sobre que será el detonante de mi desgracia.

“Lo siento, Nathan. Lo he intentado, te juro que lo he intentado de todas las maneras posibles, pero soy incapaz de pertenecer a tu mundo. No soy sumisa, ni puedo llegar a serlo por mucho que me esfuerce. Te quiero, te quiero muchísimo, pero no puedo estar con una persona que tiene que atarme de pies y manos para sentir placer. Yo soy la chica de anoche, una mujer que acaricia a su pareja y le proporciona placer, no la mujer a quien atas a un columpio y te follas a destajo. Espero que encuentres a alguien que consiga hacerte feliz.

Sigue con tu vida, Nat.

Keyra”

Arrugo la carta y a lanzo lo más lejos que puedo. Estoy furioso, jodido y frustrado. ¿De qué cojones está hablando? ¿En serio cree que me he comportado como su amo? ¿En serio ha creído que las cuatro pinceladas de Bondage que hemos puesto en práctica es lo que realmente hago con una sumisa cualquiera?

Salgo del apartamento dispuesto a decir la última palabra. Esto no se va a quedar así. No entiendo a qué cojones viene esto, pero desde luego la explicación me la va a dar cara a cara.

Al llegar al hospital me encuentro con una catástrofe: un accidente múltiple en la autopista con cientos de heridos. Me paso la mayor parte del día en el área del accidente, intentando salvar a cuantas personas pueda. Pero mi cabeza no deja de pensar en Keyra. No entiendo su comportamiento, no entiendo por qué me deja de esa manera. ¿Y qué fue lo de anoche, el polvo de despedida?

A las seis de la tarde llego a su despacho, pero su secretaria me avisa de que se ha ido de vacaciones. ¿Vacaciones? ¡Vamos no me jodas! ¿Y por qué no sabía nada?

Al salir del trabajo me acerco a su casa, pero no la encuentro en ninguna parte. ¿Dónde demonios está esta mujer? La llamo un millón de veces, y no obtengo respuesta. Doy un puñetazo en el volante frustrado. ¿Por qué mi vida se ha ido a la mierda?

Conduzco sin rumbo fijo, miro la carretera sin verla, y casi sin darme cuenta me encuentro en la puerta del *Inferno*. Sí, definitivamente es el mejor sitio para mí en este momento. Cristal y Marc están sentados en la barra, como dos auténticos tortolitos. Ella sonríe al verme, pero su sonrisa muere en sus labios al ver mi cara.

—¡Nathan! ¿Estás bien? Vaya cara traes —dice.

—Ponme un whisky doble.

—Ey, colega. ¿Qué ocurre? —pregunta Marc.

—Me ha dejado. Keyra ha cortado conmigo dejándome una puta carta en el salón de su apartamento.

—Espera, ¿qué? —la cara de sorpresa de Cris es para reírse— ¡Si está coladita por ti!

—Eso creía yo... Pero no era así. Me ha dejado porque según ella, no puede estar con alguien que solo se excita viéndola atada. ¡Y una mierda! Jamás... jamás la traté como a una sumisa. ¡La quiero, maldita sea! La quiero y ahora...

—Tranquilo, tío. ¿Por qué no hablas con ella?

—Se ha ido. No logro encontrarla. En el trabajo me han dicho que está de vacaciones, pero no aparece por su casa y no me coge el teléfono.

—¿Quieres que la llame yo? —se ofrece Cris.

—No va a cogértelo. Sé que no va a cogerte el puto teléfono. No sé qué está pasando, pero desde luego no me ha dejado por los motivos que decía en esa estúpida carta.

Cris intenta llamarla, pero salta el contestador. Tras un suspiro, mi amiga me sirve un whisky y deja la botella encima de la barra. Sabe que la voy a necesitar. Marc permanece a mi lado, pero no dice nada. Ambos me conocen lo suficiente como para saber que en este momento lo que necesito es estar solo.

Agarro la botella y me voy a una de las salas, a aquella en la que le hice el amor. Camino por ella recordando cada detalle de aquella noche. Su curiosidad, su sonrisa traviesa, sus nervios... su impaciencia. La ira me recorre por entero y no consigo ver nada... De pronto siento que Marc y Michael me sostienen por ambos brazos. La sala está completamente destrozada. Las sábanas rasgadas, los juguetes esparcidos por el suelo, la cruz de San Andrés volcada... el columpio hecho jirones. Las lágrimas comienzan a rodar sin control por mi cara, pero las aparto con furia cuando mis amigos me sueltan.

Estoy completamente borracho. Veo doble. Intento caminar hasta la puerta, pero me voy para los lados. Marc me quita las llaves de la mano y me ayuda a andar cogiéndome del brazo.

—Vamos, tío. Te llevaré a casa. Necesitas dormir la mona.

Me río... río a carcajadas ante la ocurrencia de Marc. No necesito dormir. Lo que necesito es a Keyra... desnuda en mi cama.

Cuando llegamos a mi casa, Marc me ayuda a quitarme la ropa y me mete bajo el grifo de agua fría. La nube de alcohol se despeja un poco, lo suficiente para poder meterme solo en la cama. Me quedo mirando al techo, ni siquiera me despido de él. Solo espero estar durmiendo, solo espero que esta puta pesadilla termine de una vez por todas.

Me despierto con un dolor de cabeza horrible y con la certeza de que nada ha sido un sueño, todo es real. Keyra me ha dejado y no hay nada que pueda hacer si no consigo encontrarla. Me levanto y tras un analgésico y un zumo de naranja, llamo al hospital para decir que estoy enfermo y que no voy a ir a trabajar.

Me paso todo el día tirado en la cama, recordando cada uno de los putos minutos que he pasado junto a ella, sin saber dónde buscarla. ¿Qué he hecho mal? ¿Qué es eso tan terrible que ha conseguido apartarla de mi lado? Voy a volverme loco... si sigo así voy a volverme loco.

Me pongo un chándal y voy corriendo hasta su casa. Sigue sin haber luz, así que aún no ha vuelto. Subo de todas formas, con la esperanza de encontrarla dormida en el sofá, pero solo me recibe el silencio. Voy a recoger mis cosas para desaparecer para siempre de su vida. Eso es lo que quiere, no puedo obligarla a estar conmigo si no me ama. Busco una caja donde echar lo poco que he traído, pero en cuanto llego al dormitorio me dejo caer en su cama y lloro hasta caer rendido.

Me despierta un sonido en el salón. Me levanto alerta, pero encuentro a Keyra dejando el bolso en el sofá. Se queda petrificada al verme, sus manos empiezan a temblar y me mira recelosa, como si tuviese miedo a que le hiciese daño. ¿A ese punto hemos llegado?

—¿Dónde has estado? He intentado localizarte.

—Tuve que salir de la ciudad para solucionar unos asuntos. ¿Qué haces aquí, Nathan?

—Vine a recoger mis cosas —digo—. Ya que no te encontraba vine a recoger mis cosas y a desaparecer para siempre.

—Bien, te buscaré una bolsa para echarlas.

—¿Por qué, Keyra? Y no me vengas con excusas, por favor.

—Te lo dije en la carta, no sirvo para...

—Esa puta carta no era más que una sarta de mentiras, así que dime la verdad.

Ella inspira hondo y se vuelve hacia la ventana para no enfrentarme. Su cuerpo se tensa antes de hablar.

—He conocido a otra persona.

Sus palabras se clavan en mi alma como puñales. Mi corazón sangra, pero mantengo el tipo. No voy a permitir que ella me vea llorar.

—¿Quién es?

—No le conoces. Es alguien que no pertenece a tu mundo, ni al hospital.

—¿Me has sido infiel?

—Nathan....

—¡Contesta!

—No, no te he sido infiel. No he estado con él hasta que no terminé lo nuestro. Te lo prometo.

—¿Te trata bien?

—Muy bien.

—De acuerdo.

Paso por su lado en dirección a la puerta, pero me paro en seco antes de abrirla.

—¿Y qué fue lo de la otra noche? ¿Un polvo de despedida?

—No lo sé, Nat. Simplemente ocurrió.

Asiento y abro la puerta para marcharme, pero en el último momento me vuelvo para mirarla por última vez, para grabarme sus rasgos a fuego y retenerlos en mi retina para siempre. Es la mujer de mi vida, no habrá otra a quien ame tanto como a ella.

—Cúidate Keyra. Espero que seas muy feliz.

—Tú también, Nat.

Me voy a mi casa derrotado, sintiendo que mi vida está acabada... sintiéndome vacío. Nunca amé a una mujer como a ella, y estoy seguro de que jamás volveré a amar de la misma forma, pero tengo que seguir adelante. El destino a veces es cruel, y juega contigo. Es tu deber sobreponerte... Es mi deber hacerlo.

Capítulo 12

Dicen que el tiempo todo lo cura, pero eso es una sarta de mentiras que se ha inventado alguien que jamás ha perdido al amor de su vida. Hace ya tres meses que perdí a Keyra, y el dolor no ha disminuido ni un ápice. Estoy aprendiendo a vivir con ello, pero eso no quita que duela como el demonio.

Gracias a Dios en el trabajo ni siquiera me cruzo con ella. No sé si sigue trabajando en el hospital y me evita deliberadamente, o es que ha pedido el traslado a algún otro centro. El caso es que no verla me ayuda a vivir con el dolor.

Mis amigos han optado por dejar de intentar animarme, de todas formas no sirve de nada. Los primeros días fueron los peores. Me emborrachaba hasta perder el sentido y venía al hospital con una resaca de mil demonios. Pero eso era mejor que enfrentarme a la realidad.

Hoy es uno de esos días en los que preferiría estar muerto. Estoy de descanso, y el no tener la cabeza ocupada en el trabajo me hace darle más vueltas de las que debería al tema. Me dejó por otro hombre, fin de la historia. Quizás era más alto, más guapo, más bueno en la cama. Quizás no la traté todo lo bien que se merecía, quizás me preocupé más de mis necesidades que de las suyas...

Mi hermana me saca de mi ensimismamiento entrando en mi casa como si fuese la suya. Es una costumbre que ha adquirido desde que se enteró del estado en el que me encontraba cuando Keyra me dejó. Deja sobre la mesa una fiambra con la comida y se sienta a mi lado en el sofá.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Jodido, nena. Muy jodido. No paro de pensar en ella, ¿sabes? Y duele como el Infierno.

—Nathan... deberías hablar con ella.

—¿Hablar con ella? ¿Para qué?

—Quizás te sientas mejor. Quizás descubras que ya no duele tanto, y podáis volver a ser amigos.

—Livy... Aprecio de verdad tus intenciones, pero no es la mejor idea que has tenido. Me dejó por otro hombre, y no voy a ser capaz de verla con él, ¿entiendes?

—Nathan... En serio, habla con ella. Necesitas hacerlo.

—Sabes algo que yo no sé, ¿verdad?

—Eso es algo que debe decirte ella, no yo.

—Livy... Entiendo que sea tu amiga, y puedes estar tranquila, que jamás te pediría que dejaras de verla. Pero yo no voy a hablar con ella, ¿de acuerdo? Hace tres meses que me dejó, y ha seguido con su vida, así que yo seguiré con la mía.

—Pero Nat...

—¡Basta, Livy! ¡No insistas más! Ella no quiere estar conmigo y no voy a insistirle. Keyra eligió, Livy, eligió no darle una oportunidad a lo nuestro. Fin de la historia.

Mi hermana se marcha derrotada, y no puedo sentirme más miserable. He sido un borde, lo sé, pero si no lo hacía así Livy estaría insistiendo hasta el día del juicio final, y no es eso lo que necesito. Entiendo que se sienta entre la espada y la pared por la lealtad que nos tiene a ambos, pero tiene que dejarlo estar.

Decido salir a dar una vuelta para despejarme, porque como siga así voy a acabar ahogado en alcohol. Recorro las calles sin rumbo, intentando distraerme con cualquier cosa, pero todo es inútil. Terminó sentado en la barra del *Infierno*, con una copa de bourbon en la mano.

Cristal llega una hora después. Sigo en el mismo sitio, con la misma copa, en el mismo estado. ¿Cómo se consigue olvidar a una parte de ti? ¿Cómo consigo deshacerme de su recuerdo?

Cris se acerca y me pasa una mano por los hombros.

—Ey, Nat. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Salí para dejar de pensar en ella... y terminé aquí.

—¿Cuánto has bebido?

—Tranquila... es la primera.

—Hoy tenemos una exhibición. Quizás eso te distraiga.

Una carcajada sale de mis labios. ¿Distraerme? Todo me recuerda a ella. Absolutamente todo. Tengo que salir de aquí... Tengo que escapar.

Marc se acerca en ese momento, besa a su chica y se sienta a mi lado.

—Hola, colega. ¿Cómo te va?

—Cojonudo, Marc. Me va cojonudo.

—Quizás deberías empezar a pensar en rehacer tu vida. Podrías empezar con alguna sumisa dispuesta a...

—No.

—Nathan...

—He dicho que no, Marc. Me voy a casa.

—¿Quieres que te lleve?

—No he bebido casi nada, Marc. Puedo conducir.

A la mañana siguiente me siento un poco mejor. Tengo que trabajar, así que al menos mi mente estará ocupada en cosas más importantes que autocompadecerme por un corazón roto.

No tengo operaciones hasta la tarde, así que por la mañana solo me ocupo de los postoperatorios. Me encuentro a George, el jefe de oncología, frente al tablón de operaciones.

—Hola, O'Connor. ¿Qué tal va tu mañana?

—Tranquila. No opero hasta la tarde. ¿Y la tuya?

—Demasiado complicada. Tengo que operar a la de asuntos internos en media hora.

La sangre abandona mi cuerpo en un segundo. ¿La de asuntos internos? ¿Keyra ha recaído? Mi mirada se desvía hacia el tablón. Keyra Martin. Mastectomía parcial. Quirófano cuatro.

—¿Es... es muy grave?

—Tiene un *carcinoma* en el seno derecho, pero no va a perder todo el pecho. Gracias a sus análisis anuales hemos podido detectarlo a tiempo.

—Retrasa la operación, George.

—¿Qué? Ya tengo el quirófano reservado, deben ir a por ella en media hora.

—Tío, no te lo pediría si no fuera importante. Solo media hora más. Retrásalo solo media hora más.

—Está bien, lo intentaré.

—¿En qué habitación está?

—Mil doscientos cuatro.

Salgo a correr por los pasillos sin ver, con el único propósito de llegar hasta Keyra. Ahora todo encaja, ahora comprendo el motivo real por el que me dejó. No había ningún hombre, solo había un cáncer de por medio.

Mi hermana está sentada junto a ella, y se sobresalta cuando me ve aparecer. Livy tiene el buen tino de desaparecer en cuanto me acerco a la cama de Keyra. No puedo dejar de mirarla, no puedo apartar mis ojos de su cara.

—No había otro hombre, ¿verdad? —pregunto.

—Nathan...

—¡Contesta!

—No, no había otro hombre.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Creías acaso que te dejaría?

—Voy a perder un pecho.

—Deberías conocerme mejor, Keyra. Deberías saber que me importa una mierda que pierdas el pecho, que se te caiga el pelo o que te pases la mayor parte del día vomitando. ¡Deberías saberlo!

—¡No quiero que pierdas tu vida! ¡No quiero atarte a mí para que me veas morir, ¿no lo entiendes?!

—¡No vas a morir, ¿me oyes?! ¡No vas a morir!

Me siento a su lado y cojo sus manos entre las mías.

—¿Es que no puedes entender que estoy enamorado de ti? ¿Tan difícil es entender que la única vida que quiero es contigo a mi lado?

—No podría soportar verte perder la oportunidad de ser feliz por cuidar de una enferma.

—Cállate, deja de decir sandeces. ¿Es que no sabes que el tiempo que pase a tu lado será el único que esté vivo?

Uno mi boca a la suya con toda el ansia que me lleva inundando desde hace dos meses. Las lágrimas de Keyra recorren mis mejillas, y sé que ya he ganado la batalla. Estúpida mujer... Sus brazos se enredan en mi cuello cuando me tumbo junto a ella en la cama, y llora lo que parecen horas enterrada en mi pecho.

—Te quiero, Keyra. Te quiero tanto que duele. No vuelvas a pensar siquiera en apartarme de tu lado, ¿me oyes? Estamos juntos en esto.

—Tengo miedo, Nat. Tengo mucho miedo.

—Lo sé, pero estoy aquí. Siempre estaré aquí.

Una hora después la anestesia hace efecto a mi chica. No suelto su mano, no me aparto de su lado hasta que abre los ojos después de la operación. Lo primero que hace es palparse el pecho para descubrir que sigue en su sitio. Sonríe ante la cara de estupefacción al sentirlo bajo sus dedos.

—Hola, nena. Bienvenida.

—¿Por qué? —pregunta aterrada.

—El tumor no era demasiado grande, así que no han tenido que quitarte el pecho. Todo ha salido bien, nena. Ya estás de vuelta.

—Te quiero, Nathan O'Connor. Estoy enamorada de ti desde el momento en que te vi en la sala de descanso por primera vez.

—Yo también te quiero. Descansa un poco, estaré aquí mismo.

La observo dormir sentado a su lado. Parece tan vulnerable... pero yo sé que es una guerrera. Saldrá adelante, siempre lo hace. El cáncer es una enfermedad difícil, pero ya ha pasado por ello y esta vez no va a ser distinto.

La vida vuelve a su cauce, por fin. El camino será difícil, pero lo superaremos... juntos.

Epílogo

Dos años después...

El despertador me despierta como cada mañana, pero esta vez no tengo que ir a trabajar. Me levanto con cuidado de no despertar a mi mujer, que duerme tranquila acurrucada a mi lado.

Me muero de sueño, pero tenemos que salir pronto si no queremos perder el avión. La celebración de nuestra boda fue una locura, y nuestra luna de miel empezará en unas horas. Nuestro destino: Bora–Bora. Vamos a dedicar las próximas dos semanas a cuidarnos tomando el sol, descansando... y haciendo el amor.

Preparo el desayuno y lo llevo al dormitorio. En cuanto entro por la puerta me doy cuenta de que Keyra está estirándose con una sonrisa de oreja a oreja. Dejo la bandeja en la mesita de noche y me tumbo sobre ella, que me recibe con los brazos abiertos.

—Buenos días, esposa —susurro un segundo antes de besarla.

—Buenos días, esposo.

Acaricio su pierna desnuda por debajo de la sábana, y acerco mis dedos a su sexo, que me recibe humedeciéndose.

—Nat, vamos a llegar tarde.

—Uno rapidito, nena... voy a pasar muchas horas sin tocarte.

Ella suelta una carcajada y se tumba con los brazos en cruz, dejándome actuar a mi antojo. Me deshago de la sábana que cubre su desnudez, y entierro la cabeza entre sus muslos, saboreando su sexo caliente una y otra vez.

Sus manos se enredan en mi pelo, mis dedos la envisten mientras mi lengua saquea su clitoris hinchado, y mi esposa se convulsiona recorrida por su orgasmo. Me bajo los bóxers lo justo para poder entrar en ella. Mmm... yo ya estoy en el paraíso. Comienzo mis embestidas lentas, suaves, y saboreo su pecho, que ahora está marcado por una pequeña cicatriz en la parte superior.

—¡Dios, Nat! ¡Sí... sigue así!

Mis embestidas se vuelven frenéticas, sus uñas se clavan en mi espalda. El sudor perla nuestros cuerpos, nuestras bocas se buscan con desesperación. El orgasmo se acerca, nos tensa, nos hace convulsionar... y un segundo después llega la calma.

Cuando he recuperado el aliento me siento en la cama y acerco la bandeja con el desayuno.

—Me temo que ya se habrá quedado frío —me disculpo.

—No importa, me gustan los desayunos fríos después de un buen polvo.

Me río ante su audacia, y desayunamos en silencio. Diez minutos después estamos bajo la ducha, alargando nuestros juegos un poco más.

Me encanta enjabonarla. Me encanta pasar la esponja por su piel tersa y suave, pero sobretodo me encanta hacerle el amor sintiéndola resbalar por mi cuerpo. Cuando nos estamos secando, me deshago de su toalla y la beso en la boca antes de bajar por su cuello y besar su cicatriz en forma de media luna. Este pequeño ritual lo adquirí cuando la operaron, para demostrarle que no me importa en absoluto.

Estoy enamorado de Keyra, de toda ella, no solo de su cuerpo. Estoy enamorado de su risa, de su determinación, de su picardía. Estoy enamorado de tantos detalles diferentes que uno solo sería incapaz de hacerme cambiar de idea.

Ya ha pasado el tiempo en el que Keyra me apartaba cuando me acercaba a ella, ya ha quedado olvidado el temor a que su pecho maltratado me repugne. Hace ya mucho tiempo que hemos superado los miedos, las inseguridades, las desconfianzas. Ahora Keyra O'Connor es total y completamente mía.